8709

LAS POBRECITAS MUJERES

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE LUIS DE VARGAS

La Farsa

50 cénts.

Cubierta de este número:

Consuelo Nieva

primera actriz de la Compañía

Loreto Chicote

LAS POBRECITAS MUJERES

LUIS
DE
VARGAS

LUIS DE VARGAS

LAS POBRECITAS MUJERES

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, la noche del 5 de septiembre de 1930.

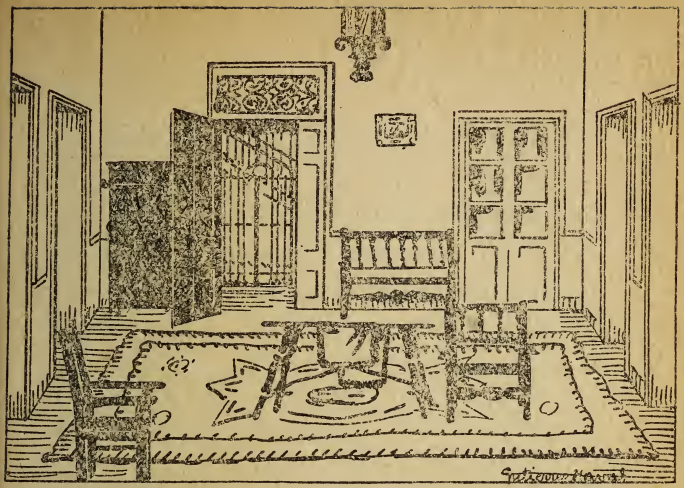
DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS

LA FARSA

AÑO V | 15 DE AGOSTO DE 1931 | NUM. 205
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Amparito	Loreto Prado.
María Ignacia	Consuelo de Nieva.
Doña Purificación	Julia Medero.
Matilde Sánchez-Córdoba	Carmen L. Solís.
Barbarita	Josefina Infiesta.
Belén	Pepita del Cid.
Consuelo	Emilia del Cid.
Don Angelito Montalvo	Enrique Chicote.
Ricardo Guillén de Sálava	Julio Costa.
Cosme Prieto	Fernando Aguirre.
Joaquín de Céspedes	José María Cuenca.
Boni García	José Lucio.



ACTO PRIMERO

Recibidor—o para decirlo más a tono con el "snobismo" de estos tiempos—, hall, amplio y alegre, del moderno piso que habita en la calle de Hermosilla, de Madrid, doña Purificación Montalvo, viuda de Céspedes. La puerta que comunica con la escalera y que facilita la entrada al cuarto estará en el centro del foro, de frente al espectador. A la izquierda del actor, en primer término, grande y artístico ventanal, de policromadas vidrieras, que da al patio principal de la finca; puertas de cristal en el segundo término de la izquierda y en los términos primero y segundo de la derecha. En el centro de la habitación, mesa grande, de complicadas tallas, y un par de sillones; delante del ventanal, un costurero con pie y algunas butaquitas y sillas. Distribuidos por la estancia, un vargueño, un banco de alto respaldo, un perchero, varias sillas de distintos estilos y épocas, cuadros de asunto religioso, aparato de luz, etc. Deberá procurarse que todos los muebles parezcan antiguos y de valor. Comienza la acción a la una de la tarde de un día de finales de mayo.

(Al levantarse el telón se hallan en escena MARIA IGNACIA y BARBARITA. María Ignacia es muy joven, muy linda y muy gentil. Aparecerá sentada cerca del ventanal, atareadísima en una complicada labor de costura. Barbarita es una viejecita, seca como un sarmiento y viva como una ardilla, que habla

677485

con marcado acento extremeño. Viste de oscuro, al gusto lugareño, con manteleta de paño sobre los hombros y delantal grande de percal. Estará en la puerta del foro, hablando con alguien que se supone baja la escalera.)

BARBARITA.—Sí, señol... Ascuide, que yo se lo diré... ¡Que sí, señol! ¡Que sí!... (*Cierra la puerta.*) ¿Has oído, niña?

MARIA IGNACIA.—Sí.

(Por la segunda izquierda sale DOÑA PURIFICACION. Esta doña Purificación es una altiva dama de cincuenta años, que usa gafas de oro y un rizado peluquín de cabellos canos.)

PURIFICACION.—¿Quién era, Barbarita?

BARBARITA.—El portero.

PURIFICACION.—(*Sentándose a coser al lado de María Ignacia.*) ¿Y qué quería ahora ese hombre?

BARBARITA.—Ya pué usté figurásselo, estando como estamos a veintiséis y debiéndole al dueño los recibos de dos mesis. Antiyel tamié subió con la m sma monselga. ¡Este portero nuevo es de lo más antipático y atravesao!...

PURIFICACION.—Hay gentes que gozan humillándola a una. ¡Valiera más morirse que no pasar por ciertas vergüenzas!

MARIA IGNACIA.—¡No digas eso, mamá!

BARBARITA.—¡Morilse nunca, señora, que la vida, con tos sus doloris y tos sus palos, es lo más jelmoso c'hay!

PURIFICACION.—¡Lo más hermoso cuando no se sufre como yo he sufrido!

BARBARITA.—¡Pos asin que una selvidora no ha pasao tamié lo suyo en los trinta años que lleva a la vera de ustés!... No desespere, señora, y arrepare en este capuyo de rosa trempana que está a su lao. ¡Juy, mi niña bonita! Préncipes han de venil a rondate, que estás tú mu alta por tu nacencia y tuíto lo merecis.

MARIA IGNACIA.—Muchas gracias; pero ¿quién se acuerda ya de mi aristocrática cuna, verdad, mamá?

PURIFICACION.—¡Ay, Dios mío!... Haber sido en nuestra tierra, allá en Badajoz, una de las familias más principales y más envidiadas y vernos ahora así, bordando ropa blanca para unos almacenes.

MARIA IGNACIA.—Cosa que no es ninguna deshonra.

PURIFICACION.—¡Qué sabes tú, hija mía! Si recordaras como yo la época en que nuestros carruajes y troncos de caballos eran famosos en toda Extremadura; las fiestas que en tiempos se celebraban en la casa de los Montalvo...

BARBARITA.—¡Y qué fiestas!

PURIFICACION.—¿Te acuerdas, Barbarita, de la que dimos la noche que se bautizó a mi hijo Joaquín?

BARBARITA.—¡No tengo de alcordalme, si cogí un cólico de flanes que cuasi me muero!

PURIFICACION.—¡Aquellos eran otros días!

MARIA IGNACIA.—¡Allá cuidaos!

PURIFICACION.—No hables así, María Ignacia, que sabes que no me gustan esas chulerías de barrios bajos.

MARIA IGNACIA.—¡Pero si soy madrileña adoptiva, mamaita! A los doce años me trajisteis a Madrid y ya no he vuelto a salir más de él.

BARBARITA.—Mejol estamos aquí que en parte denguna. Como este es un pueblo mu grande, ondi naide se conoce...

(Dentro, en la primera derecha, se oye la voz de DON ANGELITO.)

ANGELITO.—¡Barbarita!...

BARBARITA.—Se pue disimulal la pobreza sin enteral a las gentis de las faitigas que se pasen.

ANGELITO.—¡Barbaritaa!...

BARBARITA.—Polque digo yo...

PURIFICACION.—Pero mujer, ¿no oyes que te llama el señorito Angel?

BARBARITA.—¡Si que lo oigo!... ¡Ay, qué don Angelito de mis culpas!

PURIFICACION.—Anda a ver lo que desea y no protestes.

BARBARITA.—¡Que no proteste!...

(Aparece DON ANGELITO MONTALVO en la primera puerta de la derecha. Es un solterón que se tiñe, acicala y presume como un pollo de veinte años. Se nos presentará en zapatillas y con una larga bata de casa, de llamativas rayas.)

ANGELITO.—¡Bueno, esto es el colmo! Me desgañito llamándote y mientras, tú, aquí, tan fresca, de palique.

BARBARITA.—¿Qué tripa se le ha roto a usté?

ANGELITO.—Tripa ninguna.

BARBARITA.—¡Pos lo siento! ¡Miral qué horas de echalse de la cama! ¡Amanecel a la una de la talde!...

ANGELITO.—¡Eso no es cuenta tuya! ¿Quieres decirme en dónde has puesto mis botas?

BARBARITA.—En la cocina.

ANGELITO.—Pues tráemelas.

BARBARITA.—Ahora mesmo. ¡A ver si se las pone usté y sale

andando y no vuelve más por aquí! (*Vase por la segunda izquierda.*)

ANGELITO.—Oh, témpora!... Ya, ni la servidumbre me respeta.

MARIA IGNACIA.—No fantasees, tío, que me da mucha risa cada vez que te oigo decir la servidumbre.

ANGELITO.—¿Risa? ¿Por qué?

MARIA IGNACIA.—Porque no tenemos más criada que Barbarita, y la pobrecilla nos estima tanto, que ni siquiera cobra su sueldo

ANGELITO.—¿Y por eso he de consentir que me trate a la baqueta?

PURIFICACION.—¡Ya no representamos nada para nadie!

MARIA IGNACIA.—Hay que hacerse cargo de las cosas, mamá.

ANGELITO.—Eres demasiado humilde, María Ignacia. Tienes el mismo carácter apocado que tu difunto padre, aquella conformidad suya para todo; conformidad que acaso contribuyó no poco a nuestra ruina.

MARIA IGNACIA.—¡Tío Angelito!...

ANGELITO.—Y pretendes que yo, porque estoy aquí recogido de misericordia...

PURIFICACION.—De misericordia, no. La casa de tu hermana es tuya también.

(*Vuelve BARBARITA, por la segunda izquierda, con un par de botas en la mano.*)

BARBARITA.—Las botitas.

ANGELITO.—Llévalas a mi cuarto.

BARBARITA.—Ahora a componelse, ¿verdad? ¡A emperejilase, a salil por esas calles a pintala de tenorio... ¡De tenorio con más años que el santuario de Guadalupe! ¡Ya podía ejase de pamplinas y ponelse a trebajal!

ANGELITO.—¿A mis años?

BARBARITA.—¡Contri! ¿No trebajo yo, que tengo ya tres duros y medio sobre mis costillas? ¡No sabe usté más que comel el pan a traición en la vida! ¡No hay almienda posible, niña; no la hay!

MARIA IGNACIA.—¡Qué le hemos de hacer!

ANGELITO.—Yo os prometo...

BARBARITA.—No me fío de sus promesas!

ANGELITO.—¡Tú te callas!

BARBARITA.—¡Si me da la gana! (*Y vase por la primera derecha llavándose las botas.*)

ANGELITO.—¡Oh, qué servidumbre!

PURIFICACION.—Ten paciencia, Angel.

ANGELITO.—La tendremos por ahora. Ya sabes que no quiero disgustos, que no estoy por darme malos ratos, pues bastante he sufrido ya.

PURIFICACION.—¡Pobre hermano mío!

ANGELITO.—No te preocupes por mí, que yo me conformo con cualquier cosa. Pero lo dicho: ¡es muy triste vivir de misericordia! (*Vase también por la primera derecha.*)

PURIFICACION.—Si pudiésemos hacer algo por él... ¡Qué situación, hija, qué situación!

MARIA IGNACIA.—¡Cada día más angustiosa! Hace dos meses que tenemos desalquiladas las habitaciones de la calle...

PURIFICACION.—Eso es lo que me quita el sueño.

MARIA IGNACIA.—Como que es una locura seguir pagando trescientas pesetas de cuarto. Vamos a reducirnos todo lo que sea necesario; a meternos en un piso de doce o quince duros, que cuando no hay más remedio...

PURIFICACION.—Pero si este de ahora es el primer contratiempo de esta índole que hemos tenido en los tres años que vivimos aquí. Además, el recurso de arrendar esas habitaciones nos permite cierta vida aparente y cierto decoro.

MARIA IGNACIA.—Hay que prevenirse, por si acaso, que ahora llega el verano y se moarcha mucha gente de Madrid. Yo creo lo más acertado disponer una mudanza a escape.

PURIFICACION.—¿Y qué hacemos con todos estos muebles?

MARIA IGNACIA.—Se venden.

PURIFICACION.—¡No podría soportar esa nueva catástrofe!

MARIA IGNACIA.—Hemos soportado tantas, que una más... (*Pausa.*)

PURIFICACION.—Tal vez, si tú quisieras, aún podríamos salvarnos todos.

MARIA IGNACIA.—¿Cómo?

PURIFICACION.—Aceptando por marido a Cosme Prieto. (*Otra Pausa.*) Ayer volvió a hablar conmigo. Está muy enamorado de ti.

MARIA IGNACIA.—Algo me ha parecido notar.

PURIFICACION.—Es una persona excelente. Muy formal, muy caballero, muy hombre... Tengo la seguridad de que Prieto ha de ser un buen marido, y eso es lo que hay que buscar en el matrimonio. Es muy rico y a su lado no habría de faltarte de nada... ni a tu madre tampoco. (*Nueva pausa.*) ¿Qué piensas?

MARIA IGNACIA.—Que Cosme debió hablar conmigo antes que con nadie.

PURIFICACION.—El hombre temía hacer el ridículo.

MARIA IGNACIA.—¿Por qué? No iba a ser yo tan cruel que me echase a reír en su cara.

PURIFICACION.—Eso mismo le dije yo para tranquilizarle. Quedamos, por último, en que volvería hoy, a saber...

MARIA IGNACIA.—¿Hoy? ¿Tan pronto?

PURIFICACION.—Pretende dejar bien puntualizado este asunto antes de marcharse de Madrid. Mi consejo, si de algo puede servirte el consejo de tu madre, es que le aceptes por novio, que os tratéis el tiempo que haga falta y luego, más adelante...

MARIA IGNACIA.—Si he de esperar a convencerme si le quiero... ¿en dónde está nuestra salvación del momento?

PURIFICACION.—Unos meses pasan pronto. Ya nos defenderemos como sea. Aparte de que ayer le planteé a Cosme el problema sin rubores.

MARIA IGNACIA.—¿Te atreviste?

PURIFICACION.—¡A todo! ¡Qué rato pasé, hija! ¡Qué vergüenza tan grande!... Pero aceptó encantado.

MARIA IGNACIA.—Pues es una prueba de cariño y de bondad.

PURIFICACION.—¡Cuando te digo que es un hombre y un caballero!

MARIA IGNACIA.—Más vale así.

PURIFICACION.—Y su actitud merece que medites un poco, que mires por los tuyos. (*Pausa.*)

MARIA IGNACIA.—Si tú me lo pides, ¿qué he de hacer sino obedecerte, madre?

PURIFICACION.—¡Hija de mi alma! ¡Qué alegría me das! ¡Lo contento que va a ponerse también ese hombre!... Y que tiene dos millones de pesetas. ¡Cómo van a rabiar algunas en Badajoz cuando se enteren!

(*Por la segunda izquierda sale JOAQUIN DE CESPEDES, el primogénito de doña Purificación. Tiene veinticinco años y es un muchacho de porte y maneras distinguidas. Viene a medio vestir, sin cuello, con el pantalón de la calle y una chaqueta de pijama.*)

JOAQUIN.—Oye, María Ignacia... Buenos días, mamá. (*Y besa a su madre.*)

PURIFICACION.—Buenos días, hijo.

MARIA IGNACIA.—Y a mí perdone, hermana, que no llevo suelto.

JOAQUIN.—¡Ya se molestó doña Pelusa!... ¿Quieres hacer el favor de plancharme esta corbata?

MARIA IGNACIA.—Ahora mismo, no sea que te enfades con-

migo. Como eres el niño mimado de la familia... (*Se levanta y se marcha por la segunda izquierda.*)

JOAQUIN.—¡Qué gansa!... ¿Dieron el recado a mi oficina?

PURIFICACION.—Sí; esta mañana muy temprano bajó Barbarita a la panadería y dijo por teléfono que no podías ir porque estabas algo indispuesto.

JOAQUIN.—¿Qué contestaron?

PURIFICACION.—Que te avisaría.

JOAQUIN.—Se pondría al aparato el pelmazo de Cienfuegos, que es un pelotillero del jefe. ¡Qué asco de mundo!

PURIFICACION.—Es que faltas con demasiada frecuencia. El día menos pensado te plantan en la calle.

JOAQUIN.—¡Bah! Para la miseria de sueldo que me pagan. ¿Crees que puedo conformarme con ganar sesenta y tantos duros al mes?

PURIFICACION.—Siempre es una ayuda.

JOAQUIN.—A costa de mi dignidad, que no tienes idea de lo que padece en aquella prisión. ¡Tenerme allí encerrado cinco o seis horas diarias!... Mi vida es un absurdo completo.

PURIFICACION.—¡Pobre hijo!

JOAQUIN.—Y por eso me aprovecho lo que puedo. Anoche me acosté muy tarde y no he querido molestarme en madrugar. Estuve con unos chicos de Bilbao.

PURIFICACION.—¿Gente bien?

JOAQUIN.—¡Gente de pasta! ¡Qué manera de derrochar los billetes! ¡A *puñaos!* Yo miraba a toda aquella panda con una envidia... ¡Ah, si vosotros no hubieseis sido tan primos, otro gallo me cantara ahora!

PURIFICACION.—Quizá muy pronto podamos mirar por encima del hombro a mucha gente que ahora nos humilla y nos desprecia.

JOAQUIN.—¿Sigues esperando que nos llueva del cielo?

PURIFICACION.—O de la tierra. Es más que probable que tu hermana se case con Cosme Prieto.

JOAQUIN.—¿Con ese gachó que tiene tanto dinero?... ¡No me lo digas ni en broma, madre!

(*Vuelve MARIA IGNACIA con la corbata ya planchada.*)

MARIA IGNACIA.—La corbata del señorito.

JOAQUIN.—¡Ven aquí, mosquita muerta! ¿De manera que secretos conmigo?... ¡Sí, sí! No pongas esa cara de boba.

MARIA IGNACIA.—(*A su madre.*) ¿Ya le has dicho?...

JOAQUIN.—¡Pues claro que me lo ha dicho! ¡Dame un abrazo!... ¡Eres grande, hermana! (*Y la abraza y la besa.*)

MARIA IGNACIA.—¡Qué satisfacción te ha producido la noticia!

JOAQUIN.—¡A ver si no es para brincar de alegría! Oye, como compraréis coche, yo puedo encargarme de eso, y así me ganaré unas pesetas. Tenéis que protegerme.

MARIA IGNACIA.—¡No hagas castillos en el aire! Todavía no he hablado yo con Cosme.

JOAQUIN.—Que no vayas a echarlo todo a perder a última hora por una tontería de las tuyas.

PURIFICACION.—María Ignacia siempre ha sido muy juiciosa y ha tenido una gran serenidad para todo. Ella sabe que le conviene y no hay nada que temer por su parte, ¿verdad hija?

MARIA IGNACIA.—Sí.

JOAQUIN.—¡Ole y ole!

MARIA IGNACIA.—No te pongas chulo, que se disgusta mamá.

JOAQUIN.—¡Qué sombra tienes! ¡Eres única, chiquilla; única! Bueno, hay que ver cómo me ha planchado la corbata, que parece acabada de comprar.

MARIA IGNACIA.—Anda a terminar de vestirte y no me des tanta coba.

JOAQUIN.—¿Cobista yo? ¡No me conoces! Eso de dar coba se queda para otra clase de gente. ¡Yo soy un señorito! (*Y se marcha por la segunda izquierda, tatareando cualquier cancioncilla popular.*)

PURIFICACION.—Va loco, ¿eh? Y ya verás cuando lo sepa Angelito. ¡Se desmaya!

MARIA IGNACIA.—Lo primero que hay que decirle al tío Angelito, si llego a ponerme en relaciones con Prieto, es que no vaya a empezar a gorronear.

PURIFICACION.—¿Gorronear mi hermano, hija? (*Dentro, en el foro de la izquierda, suena un timbre. María Ignacia se levanta.*) ¿A dónde vas?

MARIA IGNACIA.—Están llamando por la escalera interior.

PURIFICACION.—Que acuda Barbarita. ¡Barbarita!... No está bien que tú abras la puerta de servicio. Siéntate.

MARIA IGNACIA.—Qué más da, madre.

PURIFICACION.—¡Que te sientes! ¡Barbaritaa!... (*María Ignacia obedece. Sale BARBARITA por la primera derecha.*)

BARBARITA.—¿Qué pasa ahora?

PURIFICACION.—¿No has oído que han llamado en la cocina?

BARBARITA.—No, señora. Estaba cepillándole la ropa a don Angel, que va a salil hoy de tiros lalgos. (*Y se marcha por la segunda izquierda.*)

MARIA IGNACIA.—¿A dónde irá?

PURIFICACION.—Creo que tiene junta en la "Cooperativa de Radioyentes"

(*Dentro, en la izquierda, se oye la voz de Amparito que protesta muy indignada.*)

AMPARITO.—¡Qué barbaridad! ¡Esto no me ha pasado a mí nunca! ¡Valiente hombre! ¡Grosero! ¡Por lo visto ignora que soy una señorita!...

PURIFICACION.—¿Qué ocurre? ¿Quién da esas voces?

(*María Ignacia se levanta y va a la puerta de la segunda izquierda.*)

MARIA IGNACIA.—¡La prima Amparito! ¡Entra, mujer; entra!

PURIFICACION.—¡Jesús nos valga!

(*Irrumpe en escena AMPARITO. Es una muchachita, o mejor dicho, un manojo de nervios, con traje de calle, sencillo y vaporoso, y velo por la cabeza. Trae debajo del brazo un paquete de gran tamaño.*)

AMPARITO.—¡Adiós, chica! ¡Vengo negra!... ¡Deja que me siente!... ¿De dónde habéis sacado ese portero nuevo? ¡Pues no me manda por la escalera interior, como si yo fuese el lechero! ¡Qué tío!... Hola, tía.

PURIFICACION.—(*Secamente.*) Hola.

AMPARITO.—Se conoce que como me ha visto de velo... ¡Si lo sé traigo la *cloche* y el *renard!* ¡Y que no ha querido ponerme el ascensor!

PURIFICACION.—¿Es posible?

AMPARITO.—¡Anda! ¡Me he tenido que tirar a patas los ciento quince escalones! ¡Criminal!

PURIFICACION.—¡Mal educado!

AMPARITO.—Dice que él no se molesta en ponerle el ascensor a las visitas de los inquilinos que no le dan gratificación.

PURIFICACION.—¡Qué estúpido!

AMPARITO.—¿Vosotras no os *retratáis* con él?

PURIFICACION.—Sí que nos *retratamos,* como tú dices.

AMPARITO.—Pues si os *retratáis,* ese hombre os favorece bien poco. Y como me he puesto chula, me ha dicho que la gente ordinaria sube por el patio.

PURIFICACION.—Te habrás despachado a tu gusto. ¡Ya nos conocemos, ya!

AMPARITO.—Como que somos parientes.

PURIFICACION.—¡Políticos!

AMPARITO.—¡No presumas de pergaminos, tía, que al fin te casaste con un hermano de mi padre! No sería tan insignificante mi familia cuando tú, con tus humos, la aceptaste.

MARIA IGNACIA.—Hablemos de otra cosa.

AMPARITO.—¡Pero, hija, si es que entre tu madre y el portero están dándome la mañana!... Oye, dile a ese hombre que pa otra vez aprenda a distinguir.

MARIA IGNACIA.—Se ha puesto a malas con nosotras porque este mes...

AMPARITO.—¡Ni media palabra, prima! Ya sé que estáis en... ¡Velas, dos, duplicao! Por eso os ayudo en lo que puedo. Traigo estas combinaciones de una compañera de mi oficina—que pa mí que son demasiadas combinaciones las que tiene—pa que se las bordes.

MARIA IGNACIA.—Muchas gracias.

AMPARITO.—Se las he sacao en cuarenta pesetas pa ti. ¿Está bien?

MARIA IGNACIA.—Ya lo creo.

AMPARITO.—Siempre será una ayuda. Os habéis embarcao en un buque muy grande.

PURIFICACION.—Nunca te hemos pedido nada.

AMPARITO.—Ni yo podría dártelo, tía, que soy más pobre que las ratas. Pero empeñarse en tener piso con *jol*...—¿pa qué sirve el *jol*, vamos a ver?—, y escalera de mármol y termosifón... ¡En un barreño me lavo yo y todavía no he criao mugre!

PURIFICACION.—Todo eso no es más que cuestión de principios.

AMPARITO.—Yo suprimí los prinicipios hace mucho tiempo y me he conformado con el cocido.

PURIFICACION.—Como tu madre era de una familia muy modesta...

AMPARITO.—¡Vaya! ¡Ya salió mi pobrecita madre! ¡Muy modesta, sí, señora, y muy honrada!

MARIA IGNACIA.—¡Callaos, por favor!

AMPARITO.—¡Pero, mujer, si es que siempre que vengo aquí me tiran con balas! ¡Con lo que yo os quiero! La culpa es mía, que... (*Da unos pasos por la habitación y al dirigirse a la derecha se da de cara con DON ANGELITO, que sale por la primera. Ahora se nos presenta de punta en blanco: americana negra, ribeteada de trencilla, pantalón de rayas, botines y chaleco de fantasía; todo ello muy pasado de moda y muy lustroso a fuerza de cepillo. Tampoco le faltará un hongo del año noventa, que se quitará al saludar a Amparito.*) (*Por don Angelito.*) ¡Aguanta! ¡Chevalier en Madrid! ¿Cuándo ha llegao?

ANGELITO.—Hola, Amparito!...

AMPARITO.—¿Va usted a hacer una película sonora?

PURIFICACION.—(¡Cómo me revienta esta entrometida!)

ANGELITO.—¿Estoy bien?

AMPARITO.—¡Pa *Jólivus!* ¡Qué distinguido!

ANGELITO.—¡Las primeras sopas!...

AMPARITO.—¡En dónde estarán ya las primeras sopas que se tomó usté!... ¿El hongo se lo han dao en la doctrina?

MARIA IGNACIA.—¡Ja, ja, ja!...

PURIFICACION.—¡María Ignacia!

(*Don Angelito deja el hongo en el perchero. Llega JOAQUIN por la segunda izquierda. Se habrá puesto el traje completo para salir.*)

JOAQUIN.—Hasta luego... ¡Ah! Dios te guarde, Amparito.

AMPARITO.—¡Hola, primo!... Bueno, ya estamos aquí todos. ¡Ni con reclamo! Precisamente quería yo reunir el consejo de familia...

JOAQUIN.—Tengo mucha prisa.

AMPARITO.—Aguarda unos momentos, que traigo un asunto muy importante.

PURIFICACION.—¿Nos vas a proteger?

AMPARITO.—Sí, señora. Que se siente el Varón Dandy. (*Por don Angelito.*)

ANGELITO.—¿Para qué?

AMPARITO.—Siéntese y escuchen todos. Se ha quedao vacante una plaza de traductora en mi oficina, y como yo tengo muy buenas aldabas con el jefe, se la he pedido pa María Ignacia.

JOAQUIN.—¿Estás loca?

AMPARITO.—¿Por qué?

JOAQUIN.—¿Salir mi hermana por ahí a trabajar?

AMPARITO.—¿No trabaja en casa?

PURIFICACION.—¡Ah, no es lo mismo!

AMPARITO.—Sois una familia del año setenta. (*A don Angelito.*) ¿A usted qué le parece?

ANGELITO.—¡A mí no meterme en líos!

JOAQUIN.—Eso de estar todo el día entre hombres, soportando sus impertinencias y teniendo que admitir una camaradería peligrosa, no es para ciertas muchachas.

AMPARITO.—¡Oye, rico, que en mi departamento hay quince señores y hasta ahora nadie ha dicho de mí la menor cosa!

JOAQUIN.—Tú eres tú. María Ignacia ha recibido otra educación.

PURIFICACION.—¡Claro!

AMPARITO.—¡Pues sí que lo estáis arreglando! ¡Valiente orgullo! Encontráis mal que una señorita salga de su casa pa trabajar dignamente, y sin embargo os parece de perlas meter aquí a un hombre extraño...

JOAQUIN.—¡Amparo!

AMPARITO.—Porque así aparentáis lo que no tenéis. (*A don Angelito.*) ¿Digo bien?

ANGELITO.—Yo no quiero disgustos. ¡A mí no meterme en líos!

AMPARITO.—¡Usted es un viva la Virgen! Creo que hacéis un disparate. Son cuarenta duritos al mes y muy poco trabajo.

MARIA IGNACIA.—Una solución, madre.

PURIFICACION.—Pero ¿cómo vas a aceptar eso, ahora que Cosme pretenderá casarse a escape?

AMPARITO.—¿Cosme? ¿Y quién es Cosme?

PURIFICACION.—Cosme Prieto.

AMPARITO.—¡Ah, sí! Uno bajito, regordete... Ese que yo le llamo Cosmético. ¿Es tu novio?

PURIFICACION.—Lo será muy pronto.

ANGELITO. (*Levantándose*).—¡Sobrina de mi alma!

AMPARITO.—¡Gracias a Dios que se ha emocionao usted!

ANGELITO.—¡Como que es un notición!

AMPARITO.—¡Y tanto! Usted, con tal que no le den disgustos...

ANGELITO.—¿Y no me habías dicho nada, sobrinilla? ¡Claro! ¡Como estoy aquí de misericordia!...

AMPARITO.—¡Me he quedao pegada a la pared!

PURIFICACION.—¿Y ahora qué se te ocurre decir?

AMPARITO.—¡Que no me gusta ese hombre!

PURIFICACION.—Como tú no te vas a casar con él.

AMPARITO.—Es que a María Ignacia tampoco le gusta.

PURIFICACION.—¡Ya lo dijiste!

AMPARITO.—¡Y si no lo digo, estallo como un cohete!

JOAQUIN.—Se nos olvidó pedirte consejos.

AMPARITO.—Quizá os los daría muy buenos.

JOAQUIN.—Gracias. (*Toma su sombrero del perchero y se dirige a la puerta del foro.*)

PURIFICACION.—¿Te marchas ahora, hijo? No tardes, que comeremos pronto.

JOAQUIN.—Descuida. ¡Hasta la vista, prima!

AMPARITO.—Oye, Joaquín, perdona un momento.

JOAQUIN.—¿Qué ocurre?

AMPARITO.—¿Tú conoces a un compañero mío, a Boni García, verdad?

JOAQUIN.—Sí; le trato bastante.

AMPARITO.—¡Me tiene viruta!

JOAQUIN.—¡Pero chica!...

AMPARITO.—¡Viruta, primo! Le han destinado a mi sección

y se sienta enfrente de mí. Me paso las horas muertas haciendo números... ¡Pero haciendo números por él!

ANGELITO.—¡Qué barbaridad! ¡Las hay pasionales!...

AMPARITO.—¡Usted no se meta en líos, don Angelito! Si quisieras decirle que sabes de una morenucha que se está desencuadernando por él.

JOAQUIN.—¡Vamos, anda!... (*Y se marcha por el foro.*)

AMPARITO. (*Saliendo tras Joaquín y quedando asomada a la escalera*).—¡Nada más que una insinuación, hombre; una indirecta! ¡Que Amparito Céspedes se casaría con él de muy buena gana!... ¿Me oyes?... (*Cierra la puerta.*) ¡Nada, ni me escucha!... ¡Ay, qué desgraciada soy!...

MARIA IGNACIA.—Qué callado te lo tenías, reservona.

AMPARITO.—Mujer, el rubor, el qué dirán...

ANGELITO.—Parece que no dicen nada. Por lo menos el galán hasta ahora, ni pío.

AMPARITO.—¡Cosa que a usted le debe de tener sin cuidao! Bueno, me largo, que todavía no he comido y vivo a varios kilómetros de aquí.

MARIA IGNACIA.—Quédate a comer con nosotros.

ANGELITO.—¿Habrá para todos?

AMPARITO.—No se preocupe, que no le quito su parte.

MARIA IGNACIA.—Mientras vas a tu casa y vuelves a la oficina, pierdes dos horas.

PURIFICACION.—No le insistas, hija. ¿No has comprendido que no quiere quedarse?

AMPARITO.—Sí que me quedo. ¡Ya lo creo! ¿Qué hay? ¿Patatas *viudas*? ¿Sopas de ajo?

PURIFICACION.—Otro día, con más tiempo, haremos un buen *menú* y te invitaremos.

AMPARITO.—No; hoy, hoy. Yo tengo aquí en el bolso cuatro pesetas. Mandamos a Barbarita por cualquier cosa...

MARIA IGNACIA.—¡Sí, sí! ¡Ya veréis qué divertido! (*Cogiendo a Amparito del brazo.*) Anda, ven; vamos a prepararlo en un vuelo.

AMPARITO.—Con lo vuestro y lo que traigan, comeremos todos, aunque sea en cazuela.

ANGELITO.—¡En cazuela!...

PURIFICACION.—¡Qué ordinariez!

AMPARITO.—¡*Amos*, no protesten, que a lo mejor hasta mojan ustedes luego pan en la pringue! (*Y vanse María Ignacia y Amparito por la segunda izquierda.*)

PURIFICACION.—¡Jesús!...

ANGELITO.—¡Mira que hablarnos a nosotros de pringue! ¡Lo que es no conocernos!

PURIFICACION.—¡Déjala! Se consume de envidia. Como ahora María Ignacia...

ANGELITO.—Bueno, no salgo de mi apoteosis con la noticia que me habéis dado de lo de Cosme. ¡Qué bien está eso!

PURIFICACION.—Volveremos a Badajoz y seremos otra vez los que fuimos.

ANGELITO.—¡Y que voy a soltar allí cada carcajada! ¡Jajay!...

PURIFICACION.—Pero en señor, ¿eh?; diguamente. No te rebajes nunca.

ANGELITO.—Yo no me rebajo más que en familia, cuando te pido dinero. ¿Me puedes dar las dos pesetas que me ofreciste el sábado?

PURIFICACION.—Imposible, Angelito. No las tengo.

ANGELITO.—Bueno, pues... déjame siquiera una, que yo me conformo con cualquier cosa.

PURIFICACION.—No puede ser.

ANGELITO.—¿Y dos reales?

PURIFICACION.—Si te arreglas con treinta céntimos...

ANGELITO.—¡Vengan!

PURIFICACION.—Después de comer te los daré. Voy a ver qué hacen esas locas en la cocina.

ANGELITO.—Perder el tiempo.

PURIFICACION.—Estarán revolviéndomelo todo, seguramente. (*Y vase por la segunda izquierda.*)

ANGELITO.—¡Treinta céntimos! ¡Lo que cuesta un café en un tupi!... ¡Angelito Montalvo en un tupi!... (*Ha sonado el timbre de la puerta del foro.*) ¡Y abriendo ahora la puerta, para decir que los señores no están en casa, si es que vienen a cobrar algo! (*Don Angelito abre y aparece COSME PRIETO. El tantas veces nombrado Cosme es hombre de cuarenta años, que viste de americana y sombrero flexible, con buena ropa y magníficas alhajas.*) ¡Caramba! ¡Mi querido Cosme!...

COSME.—¿Qué hay?

ANGELITO.—Pase usted. (*Cosme entra y se descubre.*) ¡Qué sorpresa!

COSME.—¿Por qué?

ANGELITO.—Porque no le esperaba.

COSME.—La hora no es muy a propósito pa visitas, que ya estoy enterao de las etiquetas sociales; pero desde ayer tarde que no tengo un momento de sosiego. Toa la noche me la he llevao sin dormir, deseando... y temiendo al mismo tiempo

que llegase el instante de saber por boca de María Ignacia lo que ella determina.

ANGELITO.—¿Se ha colado usted, eh?

COSME.—¿En dónde?

ANGELITO.—¡Aquí!

COSME.—¡Ah, ya!... ¿Me caeré en la sopa?

ANGELITO.—Usted ha caído de pie en esta casa.

COSME.—Como que tengo costumbre de pisar firme.

ANGELITO.—(*Echándole un brazo por los hombros.*) ¡Bien, hombre, bien! ¿Acepta usted ya mi enhorabuena?

COSME.—¿De qué?

ANGELITO.—¡Lo sé todo! He oído no sé qué planes de boda...

COSME.—¡*Amos,* don Angelito, no me tome usted el pelo! ¡Mire que me vuelvo loco de alegría! ¿Casarse María Ignacia conmigo? ¿Usted se figura que yo he venido pa que nos gastemos chuflas?

ANGELITO.—¡Que no son chuflas!

COSME.—¡Pues haga usted el favor de avisarla ahora mismo!... ¿No se mueve sabiendo que me consume la impaciencia?

ANGELITO.—Me pareció correcto hacerle la visita.

COSME.—¡Déjese de correcciones, que lo importante es que salga ella!

ANGELITO.—¡En seguida!

COSME.—Y no se incomode por esto, que nosotros hemos de ser dos excelentes amigos.

ANGELITO.—Más que amigos, si Dios quiere, ¡tío y sobrino!

COSME.—¡El tío usted! ¡Ja, ja!...

ANGELITO.—¡Qué salao! ¡Qué salao! (*Vase por la izquierda.*)

COSME.—¿Será pitorreo de don Angelito o será verdad? (*Pausa.*) ¡Ojalá y que no haga el demonio que me atarugue cuando se halle delante de mi vista!... Con toas las cosas bonitas que pensé anoche pa decírselas y ahora tengo así como un revoltijo de ideas en la cabeza...

(*Llega BARBARITA por la izquierda.*)

BARBARITA.—Güenas taldes, don Cosmi.

COSME.—Buenas.

BARBARITA.—Asiéntese usté, que ahora viene mi señorita.

COSME.—¿Cuál de ellas?

BARBARITA.—Mi señorita no es más que una. ¡La mejol de toas!... ¡Aquí la tie usté ya! (*Sale MARIA IGNACIA.*)

COSME.—¡María Ignacia!...

(*Vase Barbarita por la primera derecha.*)

MARIA IGNACIA.—¿Qué tal sigue usted, Prieto?

COSME.—(*Sin saber qué decir.*) Pues sigo... Sigo regular.

MARIA IGNACIA.—Siéntese.

COSME.—Con permiso. (*Se sientan los dos y hacen una pequeña pausa.*) ¿Estaba usted comiendo?

MARIA IGNACIA.—No, señor.

COSME.—(*Por decir algo.*) A su tío ya le he visto.

MARIA IGNACIA.—El ha sido quien me ha anunciado su visita.

COSME.—¿Y doña Purificación, está buena?

MARIA IGNACIA.—Sí. ¿Desea usted que salga?

COSME.—No, que no salga nadie, que yo he venido pa hablar na más que con usted.

MARIA IGNACIA.—Pues ya le escucho.

COSME.—María Ignacia, yo soy un hombre muy sereno, muy templao, pero quizá que me habré vuelto loco a última hora.

MARIA IGNACIA.—¿Por qué?

COSME.—Porque acaso pretenda una locura. Siempre fuí muy ambicioso; quise tener más de lo que tenía, y ahora, cuando pensaba que lo tenía to, sigo ambicionando mucho más. ¿Pa qué le voy a narrar a usted las fatigas que he pasao en esta vida? A los veinte años me puse a machacar piedras en una carretera; hoy soy contratista. ¿Sabe usted lo que me ha costao to eso? ¡Voluntad y na más que voluntad! Y, sin embargo, cuando la vi a usted por primera vez, me pareció tan imposible lo que empecé a soñar desde aquel momento, que hasta la voluntad me flaqueaba. "¡Como que va a ser pa ti esa criatura del cielo!", me decía yo cuando estaba más desesperao. Pero como nunca he sido cobarde ante na ni por na, aquí me tiene usted ofreciéndole.... no sé. Por de pronto, una fortuna. Y usted dispense que le hable de mi dinero, pero ¡en esta cuestión nuestra tiene tanta importancia el dinero! Su madre me dijo ayer...

MARIA IGNACIA.—Lo que dijese mi madre no hace ahora al caso. Vamos a hablar por nuestra cuenta.

COSME.—¿Se ha molestao usted? ¿La he ofendido?

MARIA IGNACIA.—No, señor. Cada uno ofrece lo que tiene. Usted, sus riquezas...

COSME.—¡Y un cariño muy grande!

MARIA IGNACIA.—Si seguimos por ese camino, por el del cariño, puede que nos entendamos mejor.

COSME.—¡Pero si eso es lo que estoy deseando decirla que desde que he llegao, desde que la he visto! ¡Yo la quiero a

usted con toa mi alma, con tos mis sentidos, como no creía que pudiera quererse en la tierra!

MARIA IGNACIA.—¿Ve usted? Por ahí vamos mejor.

COSME.—¿Y a dónde llegaremos?

MARIA IGNACIA.—Primero a mi gratitud...

COSME.—¿A su gratitud na más?

MARIA IGNACIA.—Luego, quizá a mi amor.

COSME.—¿Su amor pa mí?

MARIA IGNACIA.—Haga méritos y ya veremos. No desconfíe, que yo no me reiré nunca de un hombre digno y desinteresado como usted.

COSME.—¡María Ignacia!

(*Surge BARBARITA en la primera derecha.*)

BARBARITA.—(¡Esto ya está arreglao!) Ascucha, niña...

COSME.—¿Quién es?

BARBARITA.—No se asuste, don Cosmi. ¿Tú sabes ondi está el plumero grande?

COSME.—¡Señora, que estos no son momentos de preguntar por un plumero!

BARBARITA.—¿Estolbo?

MARIA IGNACIA.—No, mujer; pero si haces el favor de decirle a mamá que venga, puedes matar dos pájaros de un tiro.

BARBARITA.—¡Qué fina eres hasta pa despachala a una! Ya me voy pa que ustés sigan platicando. (¡Juy, lo que sabe doña Purita!) (*Vase por la segunda izquierda.*)

COSME.—¡Me ha cortao el hilo!

MARIA IGNACIA.—Dios me perdone los malos pensamientos. pero creo que estaba escuchando. Ha sido un pretexto lo del plumero.

COSME.—¡Como que se le ha visto!

(*Por la segunda izquierda salen, casi en tropel, AMPARITO, DOÑA PURIFICACION y DON ANGELITO.*)

AMPARITO.—¿Quién me ha llamao?

COSME.—¿A usted? ¡Nadie!

PURIFICACION.—Me ha dicho Barbarita, hija, que...

COSME.—(¡Pa mí que estos estaban también detrás de la puerta!)

ANGELITO.—¡Sobrino de mi alma!...

PURIFICACION.—¡Cosme! ¡Usted por aquí!...

AMPARITO.—(*Aparte a doña Purificación.*) No te hagas de nuevas, tía, que nos hemos enterao de todo.

ANGELITO.—¿Le tomaba yo el pelo?

COSME.—No, señor. ¡Qué dicha tan grande!... Bueno, doña Purificación, ya conversamos ella y yo, que era lo interesante. Ahora no depende más que de mí. ¡Sabré ganarme lo que pido con tantos deseos!

PURIFICACION. (*Llorosa*).—¡Hija mía!...

AMPARITO.—¿Vas a llorar y lo estabas deseando?

COSME.—Yo no sé lo que me pasa; pero ¡me he quedao más descansao!... ¡Con qué apetito voy a comer hoy! ¡Qué banquetazo me espera!... ¿Si ustedes quieren acompañarme?...

ANGELITO.—¡Con muchísimo gusto!

MARIA IGNACIA.—¡Tío Angelito!...

ANGELITO. (*Tomando su hongo del perchero*).—¿A dónde vamos?

COSME.—¡Adonde cueste más caro!

ANGELITO.—(¡Me hincho!) (*Se pone el hongo.*)

AMPARITO.—¿Pa qué se pone usted el hongo yendo de gorra?

COSME.—¿Puedo volver esta tarde?

PURIFICACION.—Cuando a usted le parezca.

COSME.—Usted perdone; pero se lo preguntaba a ella. ¿Vuelvo?

MARIA IGNACIA.—¿Por qué no?

COSME.—¡Bendita sea esa boca! ¡Hasta luego! ¡Ande, don Angelito! ¡Qué bienestar me espera!

ANGELITO.—¡Y qué comida nos aguarda! (*Vanse los dos por el foro.*)

MARIA IGNACIA.—¿Ves, mamá? Ya te dije que el tío empezaría en seguida a aprovecharse.

PURIFICACION.—Eso no tiene importancia.

AMPARITO.—¡Pa ti no tiene importancia nada! ¡Ni la felicidad de tu hija!

PURIFICACION.—¿Te molesta que María Ignacia haya encontrado un buen partido? ¿Te duele?

AMPARITO.—¡A mí no me duele ni la rabadilla!

PURIFICACION.—¡Lo celebro mucho! (*Y se marcha por la segunda izquierda.*)

(*María Ignacia se ha sentado en una silla y habrá quedado pensativa.*)

AMPARITO.—¡Anda y me deja con la palabra en la boca! ¿Y esa es la educación?... ¡Cualquiera diría que ha ido a un colegio de monjas, que son tan cumplidas!... ¿Tú crees, mujer, que hay derecho a...? María Ignacia, ¿en qué piensas?

MARIA IGNACIA.—¡En muchas cosas!

AMPARITO.—¡Por vida del cochino dinero! Ese hombre no es lo que tú mereces. (*Imitando a Cosme.*) "¡Qué banquetazo voy a darme!"... ¡Habrá tío ordinario!

MARIA IGNACIA.—¡Por favor, Amparito!

AMPARITO.—¡Ni favor ni garambainas! ¡Contigo van a cometer un crimen! No quieren más que la sopa boba a costa tuya, y el día que ese hombre se harte de tanta gorra, vendrá la tragedia. ¡Entonces sí que no tendrá remedio! ¡No seas cobarde!

MARIA IGNACIA.—Si lo hago por mi gusto.

AMPARITO.—¡Mentira!... ¡Huy, me subleva esa calma chicha que tienes! Rebélate, que siempre somos las pobrecitas mujeres las que nos sacrificamos! ¿Que una familia se viene abajo y se hunde? ¡Pues a gimotear por los rincones, sin hacer nada de provecho, y a casar a la chica con un gachó de perras, sea el que sea!

MARIA IGNACIA.—Cosme parece de nobles sentimientos.

AMPARITO.—¡Cosme es una birria!

(*Suena el tiembre de la puerta del foro.*)

MARIA IGNACIA.—¿Han llamado?

AMPARITO.—Hija, yo con el calor de la discusión no he oído nada.

MARIA IGNACIA.—Creo que sí. (*Se levanta y va a abrir.*)

(*Entra MATILDE SANCHEZ-CORDOBA, una señorita monísima y elegantísima, con traje de calle y sombrero.*) ¡Matilde!...

MATILDE.—¡Chica, qué carrera me he dado!... ¿Ha venido?

MARIA IGNACIA.—No; todavía no.

MATILDE.—¡Pues son las dos menos cinco! ¿En dónde estará mi Carlitos de mi alma? ¿Le habrá ocurrido algo?... ¡Ah, sí! Hoy tenía exámenes. ¡Eso es que le han largado unas calabazas! ¡Ay, qué fatalidad!

AMPARITO.—No se acongoje, que si usted no se las ha dao, poco le ha de importar a Carlitos que se las haya dao el catedrático, teniendo una novia tan monísima.

MATILDE.—Muchas gracias. ¿Quién es esta señorita? chez-Córdoba... Mi prima...

MARIA IGNACIA.—¡Ah, que no os he presentado! Matilde Sán-

AMPARITO.—Servidora.

MATILDE.—¿Esta es esa prima que tienes tan salada?

AMPARITO.—¿Salada yo? ¡Usted me confunde!

MATILDE.—¿No es usted Amparito?

AMPARITO.—¡Pues no me confunde!

MATILDE.—María Ignacia me ha hablado mucho de usted. Ya me contó cuando se enamoró usted de un compañero de oficina.

AMPARITO.—Ahora tengo otro en turno. ¿Conoce usted a Boni García?

MATILDE.—¿Boni García? ¡No me suena!

AMPARITO.—¡Qué lástima!

MATILDE.—(*Consultando su reloj de pulsera.*) ¡Ya son las dos! Hoy pierdo la hora de aquí.

MARIA IGNACIA.—Pero siéntate y descansa, taravilla.

MATILDE.—¡No puedo! ¡Estoy nerviosísima!

MARIA IGNACIA. (*A Amparito*).—Viene a hablar con el novio, ¿sabes?

MATILDE.—Me he buscado este recurso porque papá se opone de una manera tremenda. Como no me permite señora de compañía, me he puesto de acuerdo para pelar la pava en casa de las amigas mientras él está en el bufete. De una a dos, aquí; de cuatro a cinco, en casa de las Pascual; de cinco a seis, con Marichu Jaramillo; de seis a siete...

AMPARITO.—¿Lo llevará usted apuntado en un cuadernito?

MATILDE.—No se burle, que mi caso es trágico. Pretenden casarme con un primo mío; pero yo, ni atada, porque no me gusta, no me gusta y no me gusta.

AMPARITO.—¡Eso está bien! ¿Tú oyes, cacho de tonta?

MATILDE.—Me han suprimido el cine, y Viena Park y la Castellana...

AMPARITO.—¡Pobrecita!

MATILDE.—¡Ah, no, no me compadezca! ¡Yo soy muy valiente! ¡O me caso con el hombre que me enajena, o me emancipo!

AMPARITO.—Escucha, escucha.

MATILDE.—¡O de Carlitos o de las Adoratrices! ¿No se casaron mis padres con quien les dió la gana?

AMPARITO.—¡Bien dicho!

MATILDE.—¡Y aunque me maten, no me pongo en relaciones con un primo que es de Arroyo del Puerco! ¡Figúrese usted! ¡De Arroyo!...

AMPARITO.—¡Y del Puerco!

(*Vuelve a sonar el timbre de la puerta de la escalera.*)

MATILDE.—¡Ya está ahí! (*Va a abrir.*)

AMPARITO.—¡Vamos a ver cómo es Carlitos!

MATILDE.—(*Abriendo la puerta.*) ¡Pero, idiota!... ¡Ah! (*Se nos presenta RICARDO GUILLEN DE SALAVA. Es un muchacho de veintiocho años, de sencilla naturalidad y simpático aspecto,*

sin ningún detalle de esos pollos que ahora se llaman "pera".) Usted perdone.

AMPARITO.—¡Se coló!

MATILDE.—Lo de idiota no era por usted.

RICARDO.—Y aunque lo fuera. Una boca tan linda como la suya no ofende nunca.

MATILDE.—¿De veras? ¡Muchas gracias!

AMPARITO.—¡Cuidao, no vaya a llegar Carlitos!

MARIA IGNACIA.—¿Qué deseaba usted? Pase.

RICARDO.—(*Entrando.*) Con permiso. Buenas tardes. ¿Podría ver unas habitaciones que vienen anunciadas en el *A B C*?

MARIA IGNACIA.—Sí, señor. Espere unos momentos, que voy a avisar a mi madre. (*Y vase por la segunda izquierda.*)

AMPARITO.—¡Son unas habitaciones estupendas! Con sol todo el día.

RICARDO.—Pues lo siento, porque estando tan próximo el verano...

AMPARITO.—No; el sol es en invierno nada más. Ahora se corren las persianas, y tan fresquito.

RICARDO.—¿Son ustedes de la casa?

MATILDE.—No, señor.

AMPARITO.—Yo soy prima de esa joven que ha ido a dar el recao.

RICARDO.—¡Muy simpática!

AMPARITO.—¿Mi prima? ¡Ya lo creo!

RICARDO.—No; usted.

AMPARITO.—Le advierto que no le van a hacer rebaja por muy florido que se ponga.

(*Vuelve MARIA IGNACIA acompañada de DOÑA PURIFICACION.*)

MARIA IGNACIA.—Este caballero...

DOÑA PURIFICACION.—Buenas tardes.

RICARDO.—Muy señora mía.

DOÑA PURIFICACION.—Hola, Matildita... Me ha dicho mi hija que viene usted a alquilar las habitaciones.

RICARDO.—Si llegamos a un acuerdo...

AMPARITO.—¿Y por qué no?

DOÑA PURIFICACION.—¿Quiere hacer el favor de pasar por aquí?

RICARDO.—Con muchísimo gusto. A los pies de ustedes. (*Vanse Doña Purificación y Ricardo por la segunda izquierda.*)

AMPARITO.—¡Adiós!... ¡Es muy fino!

MATILDE.—¡Y simpático! Si se queda le tenemos que hacer amigo de Carlitos para que podamos venir también por las noches.

MARIA IGNACIA.—No es necesario, mujer. Tú vienes, con toda libertad a la hora que te parezca.

AMPARITO.—El que no viene, ni en broma, es él.

(*Suena de nuevo el timbre de la escalera principal.*)

MATILDE.—¡Ya llegó! ¡Si no podía faltar! (*Abre.*) ¡Pero, tonto!... ¡Huy, don Angelito! ¡Y le he llamado tonto!

(*Entra DON ANGELITO, mustio y cabizbajo, con un paquete en la mano.*)

DON ANGELITO.—¡Porque lo soy, Matilde!

MARIA IGNACIA.—¿Ya de vuelta?

AMPARITO.—¿Qué han comido ustedes?

DON ANGELITO.—¡Yo, nada!

AMPARITO.—¡Anda, salero!

DON ANGELITO.—¡Ese Cosme es un miserable, un tacaño! ¡Pues no me ha dado esquinazo!...

MARIA IGNACIA.—Habrás comenzado en seguida a abusar...

DON ANGELITO.—No, sobrina. Te aseguro que no.

MARIA IGNACIA.—No te creo.

DON ANGELITO.—A ver si esto es abuso. Entramos en un estanco, porque él necesitaba comprar una cajetilla, y me preguntó si yo deseaba alguna cosa. Como ya estábamos allí, le respondí que una caja de puros.

AMPARITO.—¿Se la compró?

DON ANGELITO.—Véase el paquete adjunto.

MARIA IGNACIA.—¡Pero tío!

DON ANGELITO.—¿Qué menos para celebrar el acontecimiento? Salimos del estanco y no me dijo más que la siguiente grosería: "¡Bueno, pues ya se ha fumao usted el almuerzo, querido amigo!" Tomó un taxi..., y aquí estoy con los partagás.

AMPARITO.—¡Qué célebre!

DON ANGELITO.—¡Mucho! ¡Yo que contaba con la pepitoria y con el jamón ahumado a la plancha! (*Vase por la primera derecha.*)

AMPARITO.—¡Pues va a tener que conformarse usted con echar el humo por las narices!

MATILDE.—Chica, ese tunante no viene, y con seguridad que mi padre está ya en casa. ¡Eso es que le han cateado! Ya se lo anuncié. No estudia, no me quiere, es un vago... Adiós, Ma-

ruja, hasta mañana; Amparito, cuente con una buena amiga... ¿Usted en dónde vive?

AMPARITO.—En la Dehesa de la Villa.

MATILDE.—Puede que algún día vaya por su casa para hablar con mi novio.

AMPARITO.—Lleven ustedes merienda, que hay un buen paseo.

MATILDE.—¡Adiós! ¡No salgas, no te molestes! (*Ya en la escalera.*) Si llegase Carlos, dile que a las cuatro en casa de las Pascual. ¡Que no falte, que hay contratiempos, y grandísimos! ¡Adiós! (*Desaparece.*)

MARIA IGNACIA.—¡Adiós, terremoto!

AMPARITO.—¡Usted lo pase bien! ¡Adiós! (*Saluda con la mano.*) Oye, ¿estará por ahí el portero?

MARIA IGNACIA.—¿Para qué?

AMPARITO.—¡Para que me vea en la escalera principal!

(*Entran las dos y cierran la escalera.*)

MARIA IGNACIA.—No te acuerdes ya de eso.

AMPARITO.—Hija, me dolió mucho aquello de: "¡Hala, usted por el patio, y si no, a la calle!"

(*Salen DOÑA PURIFICACION y RICARDO.*)

RICARDO.—Pues, entonces, quedamos en todo conformes, por lo visto.

AMPARITO.—¿Qué? ¿Le han gustao?

RICARDO.—Muchísimo. ¿Necesita usted alguna cantidad como señal, algún anticipo?

DOÑA PURIFICACION.—La mensualidad adelantada. Es la costumbre.

RICARDO.—No faltaría más. (*Saca su cartera.*) Lo que usted me pida. Ahí tiene... Doscientas cincuenta pesetas. Quizá esta misma tarde traigan unos baúles y unos chirimbolos...

DOÑA PURIFICACION.—Todo lo que usted quiera.

RICARDO.—Darán mi nombre: Ricardo Guillén de Sálava.

DOÑA PURIFICACION.—¿Guillén de Sálava?

MARIA IGNACIA.—¿Ricardo Guillén de Sálava?

RICARDO.—¿Se extrañan? No es un apellido muy corriente; pero, vamos, así como para asombrarse...

MARIA IGNACIA.—¿Es usted extremeño, por casualidad?

RICARDO.—De Badajoz.

DOÑA PURIFICACION.—¿Pariente acaso de Ricardo Guillén, el que puso la "Fonda de Sálava" en la plaza de Cervantes?

RICARDO.—Mi padre.

MARIA IGNACIA.—¡Ricardo!

DOÑA PURIFICACION.—¡Jesús bendito!

AMPARITO.—¡Arrea, qué folletín!

RICARDO.—¿Pero?...

MARIA IGNACIA.—¿No nos recuerdas?

DOÑA PURIFICACION.—Tu padre fué mozo de comedor en mi casa.

RICARDO.—¡Doña Purificación Montalvo!... ¡María Ignacia!

MARIA IGNACIA.—¡Quién te conoce!

RICARDO.—¡Ustedes así!

MARIA IGNACIA.—¡Qué quieres, chico!

AMPARITO.—¡Bueno, contarme ya lo que sea, porque estoy en ayunas!

DOÑA PURIFICACION.—¿No has oído que es hijo de un antiguo servidor nuestro? Se crió en nuestra casa.

MARIA IGNACIA.—Así de pequeño, jugábamos juntos a todas horas. ¿Te acuerdas?

RICARDO.—¡Siempre!

MARIA IGNACIA.—¡Vamos, anda!...

RICARDO.—¡Bien por las chulitas madrileñas!

DOÑA PURIFICACION.—¡Cualquiera te hubiese reconocido!

RICARDO.—Pero si no tenía yo quince años cuando ustedes salieron de Badajoz.

MARIA IGNACIA.—Has prosperado muchísimo.

RICARDO.—Trabajo y lucho todo lo que puedo, unas veces con más fortuna que otras. A eso he venido a Madrid. ¡a luchar!

MARIA IGNACIA.—Aquí hay medios de sobra para el hombre que se propone hacer algo.

RICARDO.—¡Ya veremos lo que consigo!... ¿Y don Joaquín?

DOÑA PURIFICACION.—¡Murió hace cinco años!

RICARDO.—No sabía nada. ¡Pobre señor! ¡Cuánto me estimaba!... ¡Qué pena... y qué alegría al mismo tiempo!... ¿Y cómo ha sido esto? ¡Ustedes vivían como príncipes!

MARIA IGNACIA.—Pues ya ves. Ahora mamá te acaba de pedir cincuenta duros por el alquiler de unas habitaciones, y a mí me has encontrado cosiendo unas ropas que no son mías.

RICARDO.—¡Qué admiración me causas, María Ignacia!

AMPARITO.—Por lo guapa, ¿verdad?

RICARDO.—¡Por todo!

MARIA IGNACIA.—¿Te acuerdas de las palizas que nos dábamos cuando peques? Yo tenía más fuerza que tú.

RICARDO.—Porque siempre te defendía don Angelito. ¡Hombre! ¿Qué ha sido de don Angelito?, aquel hermano de usted que nos hacía barcos de corcho y jaulas para grillos.

DOÑA PURIFICACION.—Con nosotros vive.

RICARDO.—¿Qué hace?

AMPARITO.—¡Nada! Ya, ni jaulas. Ahora los grillos los debo meter en su cabeza, que la tiene como una grillera.

RICARDO.—¡Era famoso! Me gustaría abrazarle.

DOÑA PURIFICACION.—No se halla en casa en estos momentos.

MARIA IGNACIA.—Sí, acaba de venir. Está en su cuarto. Voy por él; pero no le advierto la visita, para que se lleve también la sorpresa. (*Vase por la primera derecha.*)

RICARDO.—¡Cómo pasa el tiempo!

AMPARITO.—¡Dígamelo a mí!

RICARDO.—¿Usted también es de Badajoz?

AMPARITO.—¡De la calle de Atocha!

DOÑA PURIFICACION.—Hija de mi cuñado Antonio, el que se casó en Madrid...

AMPARITO.—¡Con mi madre!

RICARDO.—¡Ya me lo supongo!

(*Llegan MARIA IGNACIA y DON ANGELITO, éste fumando un formidable puro.*)

MARIA IGNACIA.—Aquí llega el tío ¡Mira qué visita!

RICARDO.—¡Don Angelito!

DON ANGELITO.—Señor mío...

RICARDO.—¿No me reconoce?

MARIA IGNACIA.—Ricardo Guillén de Sálava, el hijo de Sálava, el de la fonda.

DON ANGELITO.—¿Tan elegante?

RICARDO.—¡Deme usted un abrazo! (*Y se abrazan.*)

DON ANGELITO.—¡Cuidado con el puro!... ¡Qué hombre te has hecho! ¡Cualquiera diría que eras aquel mozuelo de los calzones siempre colgando!

RICARDO.—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora uso tirantes! (*Mirando su reloj.*) Bueno, yo lo siento muchísimo, pero me he entretenido demasiado y tengo varias cosas urgentes que despachar.

DON ANGELITO.—¿Vas para abajo? ¡Yo también!

RICARDO.—No; a Sol.

DON ANGELITO.—¡Y yo! ¡Qué casualidad! Te acompaño.

RICARDO.—¿Por qué no me hace usted el honor de comer conmigo?

DON ANGELITO.—¡Ya lo creo! Voy por mi sombrero. (*Y vase por la primera derecha.*)

DOÑA PURIFICACION.—¿Será capaz de comer otra vez?

AMPARITO.—¡Pero si le han dao esquinazo! ¡Ese Cosmético es un roñica!

DON ANGELITO.—(*Saliendo con el hongo.*) A tus órdenes.

MARIA IGNACIA.—Tío, que a lo mejor molestas...

RICARDO.—¡Ni pensarlo!

DON ANGELITO.—¿Acaso no tiene confianza conmigo para decirme que le estorbo? ¡Con los tirones de orejas que le he dado! El primer pitillo que se fumó éste cuando era un crío me lo robó a mí.

RICARDO.—No me avergüence.

DON ANGELITO.—¡Ay, Ricardillo, qué tiempos aquellos! Entonces me miraban las mujeres.

RICARDO.—¿Y ahora?

DON ANGELITO.—¡Me ven, pero no me miran!

AMPARITO.—¡Es que va usted hecho un pinta!

RICARDO.—(*Despidiéndose.*) Doña Purificación...

DOÑA PURIFICACION.—Celebro mucho verte tan cambiado en todo.

RICARDO.—Tanto gusto... ¡Adiós, guapa!

MARIA IGNACIA.—¡Calla, tonto!

DON ANGELITO.—Vamos, vamos... Anda, Ricardillo. Si tampoco he venido a la hora de cenar no me aguardéis, porque si éste me ruega que cene con él, ¿qué remedio me queda?

AMPARITO.—¡Como usted no quiere disgustos!...

(*Salen todos a la escalera. Habrá las consiguientes despedidas de* ¡Adiós! ¡Hasta luego! ¡Buenas tardes!, etc. *Desaparecen Ricardo y don Angelito y entran, cerrando la puerta, DOÑA PURIFICACION, AMPARITO y MARIA IGNACIA.*)

DOÑA PURIFICACION.—¡Las vueltas que da el mundo!... ¡El hijo de Guillén hecho un señorito!

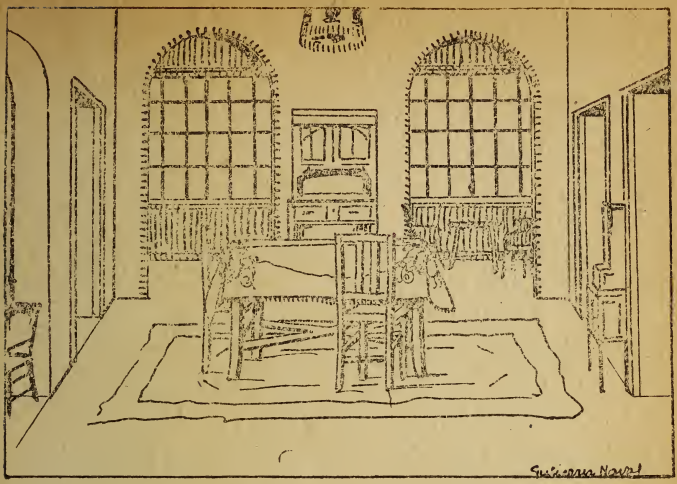
AMPARITO.—¡Y qué señorito! ¡Chipén! (*Aparte a Maria Ignacia, que habrá quedado pensativa.*) Acuérdate de mis consejos, prima. ¡No seas cobarde, María Ignacia, no seas cobarde!... ¿Sabes por lo que lo digo?

MARIA IGNACIA.—¡Tú sueñas!

AMPARITO.—¡Y tú también has empezao ya a soñar!

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Comedor de la casa de nuestra ya conocida señora doña Purificación Montalvo, viuda de Céspedes. Una habitación, espaciosa y alegre, con dos grandes arcos al foro y puertas en los términos primero y segundo de la izquierda y segundo de la derecha. Los huecos del foro dan paso a una galería cerrada de cristales. En el comedor, muebles modernos, sin estilo definido, pintados al esmalte con motivos decorativos, y en la galería, sillería de mimbres. La acción por la tarde, a primeros de junio quince días después de lo sucedido en el acto primero.

(Al levantarse el telón está en escena AMPARITO. Aparace sentada próxima a la mesa que hay en el centro de la habitación, abanicándose con gran nerviosidad.)

AMPARITO.—¡Qué barbaridad! ¡Cuánta etiqueta! ¡Tenerme media hora haciendo antesala en el *comedero!*.. ¡Señor, si estorbo, que me lo digan claramente y me largo! ¡Pues, hombre!.. ¿Creerán que vengo a pedir algo? ¡Pero si yo no necesito nada de ellos!

(Sale BARBARITA por la primera izquierda. No habrá cambiado ni el más pequeño detalle de su indumento.)

BARBARITA.—La señora, que aspere usté un güen rato, que en seguia sale.

AMPARITO.—¡Vaya cumplidos con la familia!

BARBARITA.—¡Es que en esta casa gastamos de nuevo muchos *ringorranquis!* Dendi que don Cosmi se entró por las puertas como entró, pos que nos hemos arrimontao otra vez cuasis a las nubes.

AMPARITO.—¿Y en dónde piensan aterrizar?

BARBARITA.—¡Dios lo sabe!

AMPARITO.—¡Y yo también!

BARBARITA.—¿Entoncis, pa qué me lo pregunta?

AMPARITO.—Pa que critiquemos un rato.

BARBARITA.—¡Señorita, por la Vilgen!

AMPARITO.—¡Ande, no sea tonta! (*Con misterio.*) ¿Qué plan es el de esta gente? ¿Usted qué sabe?

BARBARITA.—Pos, mire usté, yo me calculo... ¡Pero chito, que ya siento el taconeo de la señora!

AMPARITO.—Pisa como un comandante.

BARBARITA.—¡Ha tenio usté güena sombra! No me rio ahora porque viene ahí; pero me río. ¡Je, je! ¡Un *comendante!* ¡Qué salero y qué verdad! (*Y vase por la segunda izquierda. Llega DOÑA PURIFICACION en traje de casa, por la primera izquierda.*)

DOÑA PURIFICACION.—¡Querida Amparito!...

AMPARITO.—¡Vamos, tía, que me hallo aquí desde que abrieron el portal!

DOÑA PURIFICACION.—Estaba arreglándome un poco.

AMPARITO.—¡Haber salido sin el peluquín, que yo soy de confianza!

DOÑA PURIFICACION.—¿A qué vienes?

AMPARITO.—A veros, si no molesto. ¿Cómo estáis?

DOÑA PURIFICACION.—¡Como no podíamos soñar! ¡Maravillados todos con ese hombre!

AMPARITO.—¿Con don Ricardo? ¡Ya me lo supongo!

DOÑA PURIFICACION.—¡No, mujer! Con Cosme.

AMPARITO.—¡Arrea! ¡Ni me acordaba de Cosmético!

DOÑA PURIFICACION.—¡Si vieras qué delicadeza la suya y qué esplendidez! ¡Le ha hecho unos regalos a mi hija! ¡Ay, qué regalos! ¡Todos los días, uno! Le ha comprado una cruz... ¡Ay, qué cruz!

AMPARITO.—¿La de María Ignacia?

DOÑA PURIFICACION.—¡Enorme!

AMPARITO.—¡Me la figuro!

Doña Purificacion.—No es posible un caballero más atento más apasionado que él. ¿Y a que no sabes lo mejor?

Amparito.—¡Que se va a presentar diputao!

Doña Purificacion.—¡Que desea casarse a escape!

Amparito.—¿Y eso es lo mejor?

Doña Purificacion.—¡Naturalmente! Todos esperamos ya la oda.

Amparito.—Pues, salud pa esperarla. ¿Y el huésped, qué tal igue?

Doña Purificacion.—Bien. Yo apenas le hablo. Comprendeás que me es muy doloroso tener que servir al que fué mi ervidor.

Amparito.—¡Así es la vida!

Doña Purificacion.—Para quien la tome con resignación.

Amparito.—Y si no la tomas con resignación, tómala con hurros, que es lo mismo.

(*Por la segunda izquierda llegan BARBARITA y COSME PRIETO. Este sin sombrero y con un voluminoso envoltorio en as manos.*)

Barbarita.—Señora, la vesita de toas las tardes. (*Y se retirará después que entre COSME.*)

Doña Purificacion.—Que pase.

Amparito.—¿Es Cosme?

Doña Purificacion.—Sí. ¡Mucho cuidado, Amparito!

Amparito.—Procuraré no meter la pata.

Cosme.—(*Entrando.*) ¡Buenas!...

Doña Purificacion.—¿Cómo sigue usted, Prieto?

Cosme.—¡Ahí vamos!... ¿Qué tal, Amparo?

Amparito.—(*Imitándole.*) ¡Aquí estamos!

Cosme.—Dispensen que no les de la mano. pero ya ven que engo las dos ocupadas.

Doña Purificacion.—¿Qué trae usted?

Cosme.—El presente diario, según costumbre.

Amparito.—¿Y qué es?

Cosme.—¡Psss!... Casi na..

Amparito.—¿Casi na con ese tamaño?

Cosme.—Como ayer le dijo usted a su hija que se acordase e comprar colonia, pues que le he mercao esta damajuana de os arrobas. (*Presentándola.*)

Amparito.—¡Mi madre!

Doña Purificacion.—¿Ves qué detalles?

AMPARITO.—¡Si lo sé vengo con un frasco!

DOÑA PURIFICACION.—¿Y para qué se ha molestado?

COSME.—No, si no me he molestao. Me la ha subido un chico hasta la misma puerta.

AMPARITO.—(*Destapando la damajuana y olfateando.*) A ver qué perfume tiene... ¡Es Añeja!

COSME.—¿Añeja y la acabo de comprar? ¡Por vida de!... No puede uno fiarse de los tenderos.

DOÑA PURIFICACION.—(*Olfateando también.*) ¡Pero si exhala un perfume delicioso! ¡Qué alegría la de la niña cuando se entere!

COSME.—Dígala usted que salga.

DOÑA PURIFICACION.—No está en casa.

COSME.—¿Qué no está en casa sabiendo que yo vengo siempre a estas horas?

DOÑA PURIFICACION.—Ha ido a comprar unas cosillas. Mientras le haremos nosotras la visita.

COSME.—No es lo mismo.

AMPARITO.—¡Muy amable!

COSME.—Ante to, franqueza.

AMPARITO.—¡Ya lo vemos, ya!

(*Sale DON ANGELITO por la segunda izquierda. Ahora vestirá traje de casa, de dril, muy usado.*)

DON ANGELITO.—Oye, Purificación... ¡Pero, hombre!... ¿Se hallaba usted aquí y no me lo habían anunciado, con lo que yo le quiero a usted?

AMPARITO.—(*Tosiendo exageradamente para hacerse notar.*) ¡Ejem, ejem!...

DON ANGELITO.—¡Amparito! No la había visto. (*Y bosteza.*)

AMPARITO.—¡Como que viene usted casi dormido! ¿De la siesta, eh?

DON ANGELITO.—¡Por recurso! ¿Qué hago cuando no hago nada?

COSME.—Bueno, María Ignacia no llega y, la verdad, no me distraigo mucho.

AMPARITO.—¡Así, hijo! ¡Las cosas claras, qué pamplinas!

DOÑA PURIFICACION.—¿Quiere usted que le prepare entretanto el café de todas las tardes?

COSME.—Si es usted gustosa...

DOÑA PURIFICACION.—Ahora mismo.

AMPARITO.—Voy contigo, tía.

DOÑA PURIFICACION.—(*Aparte a Amparito.*) Quédate acompañando a Cosme.

AMPARITO.—¿Pa qué? ¿Pa que se aburra? ¡Anda y que le haga ompañía el preceptor que se ha echao!

DOÑA PURIFICACION.—¡Mi hermano no es preceptor de nadie!

AMPARITO.—¡Tu hermano ha cogido la cucaña! (*Vanse doña urificación y Amparito por la primera izquierda.*)

DON ANGELITO.—¡Bueno, Cosme, bueno! (*Dándole unos azotios cariñosos.*) ¡Está usted hecho un pollastre!

COSME.—Hay salud, gracias a Dios.

DON ANGELITO.—¡Y pesetas!

COSME.—También las hay.

(*Llega JOAQUIN por la derecha de la galería. Viene en piama.*)

JOAQUIN.—(*Canturreando.*) "Si vas a París, papá..." ¡Caramba!... Se te saluda, Cosme.

COSME.—Lo mismo digo, chaval.

JOAQUIN.—¿Buena vida, eh?

COSME.—No es maleja.

JOAQUIN.—Lo celebro, futuro hermano. Oye, ya he empezado ocuparme de los papeles que necesita María Ignacia para el asorio. Ayer escribí a Badajoz pidiendo la partida de nacimiento.

COSME.—Gracias por las molestias, muchacho.

JOAQUIN.—¡Calla, hombre! ¡Tú eres aquí el amo!

DON ANGELITO.—¿Ve usted? Lo que yo le digo siempre.

JOAQUIN.—¡Pues, claro! ¡El amo de esta casa! ¡Nada más ue eso! (*Y vase por la primera izquierda.*)

COSME.—¡Me atontan ustedes con las finuras!

DON ANGELITO.—¡Je, je!... ¡Qué salao!

COSME.—Tiene usted buen humor, don Angelito.

DON ANGELITO.—¡Lo tuve! Ya no soy ni sombra de lo que ní. ¡Cuántos desengaños!... ¡Si viera usted el pago que o ahora de los amigos de otras épocas! Esta mañana me encontré con Manolo Salas, un íntimo de mis buenos tiempos, y e atrevió a negarme cinco duros que le pedí por verdadera necesidad.

COSME.—Como que no puede uno confiar en casi nadie.

DON ANGELITO.—Por eso yo no confío ya más que en usted, ue es una persona muy comprensiva y muy amable, que no le uele desprenderse en un momento de...

COSME.—¿A dónde va usted a parar?

DON ANGELITO.—A poner la cara en vergüenza por veinticinco pesetas.

COSME.—¿También hoy?

Don Angelito.—Tengo un compromiso muy grande y si us ted...

Cosme.—Mire, don Angel, yo siento hablarle con crudeza; pe ro, amigo, las cosas tienen un límite. Con el procedimiento d usted no se llega a ninguna parte. ¿Por qué no se decide a tra bajar en algo?

Don Angelito.—¡Ya salimos con la cantata del trabajo!

Cosme.—¡Ah, vamos; ya comprendo! ¿Usted quiere brevas no es eso?

Don Angelito.—¡Hombre, tanto como brevas!...

Cosme.—Es que si las quiere...

Don Angelito.—¿Me va usted a comprar otra caja de puros

Cosme.—No, señor. Le voy a dar la solución de su vida.

Don Angelito.—¿Cuál?

Cosme.—Un matrimonio de conveniencia.

Don Angelito.—¡Ojalá! Pero mi situación metálica no m permite...

Cosme.—No vacile, que usted se disfruta todavía una preser cia atrayente...

Don Angelito.—(*Halagado.*) ¡Por Dios!...

Cosme.—Y posee educación y modales.

Don Angelito.—Pero ¿y mi dignidad?

Cosme.—Déjese la dignidad a un lao. ¿Usted quiere un canonjía?

Don Angelito.—Yo, con tal que no me den disgustos.

Cosme.—En serio. ¿Qué le parece Amparito pa mujer pr pia? Es una chica muy apañada, trabaja, gana un buen sue do... y tiene más ganas de casarse que yo! La otra noche n decía que su anhelo es un hombre de juicio, sentao... ¡y má sentao que usted, imposible!

Don Angelito.—¿Y de los cinco duros, qué? ¿Cuento con ello verdad?

Cosme.—No, señor.

Don Angelito.—¡Pero, Cosme!...

Cosme.—¡Pero, don Angelito!...

Don Angelito.—(*Levantándose.*) ¡Otra vez será!

Cosme.—¿A dónde va usted?

Don Angelito.—A preguntarle a Amparito si tiene novio. ¡ la única tabla de salvación que me queda! ¿No dirá usted q no le obedezco? Y ahora vuelvo, para que dejemos bien aclara eso de los cinco duros. (*Y vase por la primera izquierda.*)

Cosme.—¡Pero si por mí ya está aclarao! ¡Ni un gordo!. Este don Angel no sabe todavía que servidor ve de largo. Y

pretende reírse de mí se equivoca, porque quizá sea yo el de las carcajadas. Como pueda, le caso con la Amparito, esa moza que se pitorrea de mí sin ton ni son, ¡y ya irán los dos bien servidos, ya! (*Dentro, en la izquierda, se oye reír a MARIA IGNACIA.*) ¡Mi novia!... ¡De qué modo tan grato me suenan estas palabras! ¡Mi novia!...

(*Entran, por la segunda izquierda, MARIA IGNACIA y RICARDO, que vienen de la calle.*)

MARIA IGNACIA.—¡Calla, hombre, que dices unos disparates! ¡Ja, ja, ja!...

COSME.—¡María Ignacia!...

MARIA IGNACIA.—¡Ah! ¿Estabas aquí?

COSME.—Aguardándote.

RICARDO.—Buenas tardes.

COSME.—Buenas... ¿De dónde vienes?

MARIA IGNACIA.—De compras. Me encontré con Ricardo en la calle y como traía el mismo camino, me ha acompañado.

RICARDO.—Con el permiso de usted.

COSME.—Con mi permiso, no. Con el que el joven se ha tomao.

RICARDO.—Perdón.

COSME.—¿Por qué reías?

MARIA IGNACIA.—Porque este Ricardo es el diablo. ¡Se le ocurren unas cosas!... Acaba de decirme que...

COSME.—No me cuentes na. Llevo media hora de espera.

RICARDO.—Yo he tenido la culpa. Dispénseme. (*Y vase por la derecha.*)

COSME.—(*Después de una pausa breve.*) ¿Dónde has estao?

MARIA IGNACIA.—En dos o tres tiendas. ¡Uff, qué calor!

COSME.—El calor te sienta bien a la cara. Vienes muy guapetona.

MARIA IGNACIA.—Los ojos con que me miras. (*Por la damajuana.*) ¿Qué es esto?

COSME.—Dos arrobas de colonia pa tí.

MARIA IGNACIA.—¡Jesús, que derroche!

COSME.—Como ya no sé qué comprarte...

MARIA IGNACIA.—(*Sin reparar apenas en el regalo.*) Muchas gracias, pero es una exageración.

COSME.—Tratándose de ti soy más exagerao que nadie. (*Pausa.*) ¿Sabes que es fácil que consiga el piso que deseo?

MARIA IGNACIA.—Es muy caro. Déjalo para más adelante, que quizá encontraremos otro más barato.

COSME.—Ya me he encaprichao con ese, ¡y cuando yo me en-

capricho en una cosa!... Me dijo ayer tu madre que los muebles debían ser de estilo *jacobito*, que es la moda.

MARIA IGNACIA.—Lo que vosotros decidáis.

COSME.—No; ha de ser lo que tú pidas.

MARIA IGNACIA.—Me conformo con lo que quieran los demás. Mi madre, tú, Joaquín.

COSME.—¡Qué mansita eres!... Pero yo preferiría que no fueses así conmigo, María Ignacia. Vengo a verte y me parece como que no te veo, como que no te tengo a mi lao; hablamos y siempre callas a to, ¡qué demontre! (*Pausa breve.*)

MARIA IGNACIA.—¿Saliste anoche?

COSME.—Sí. Estuve en Rosales, oyendo la Banda. Como a tí te gusta mucho la música... ¿Te has fijao? Corbata nueva. Idéntica a la que le celebraste tanto ayer a don Ricardo.

MARIA IGNACIA.—Ricardo posee muy buen gusto.

COSME.—Y yo también. ¿No es esta igual que la suya?

(*Surge AMPARITO en la puerta de la primera izquierda.*

AMPARITO.—(¿Por qué me preguntará don Angelito con tanto interés que si tengo novio?) ¡Huy, disimule la pareja!...

MARIA IGNACIA.—¡Prima! ¿De dónde sales?

AMPARITO.—De la cocina. ¿Se puede?

MARIA IGNACIA.—Entra, chica; entra.

COSME.—¿Pa qué? Los novios no gustamos de testigos.

AMPARITO.—¿Estorbo?

MARIA IGNACIA.—No, mujer.

COSME.—Yo le diría que sí.

AMPARITO.—¡Ya me lo ha dicho usted!... ¿Estabais tratando de cosas reservadas?

MARIA IGNACIA.—No hablábamos nada de particular.

COSME.—Hablábamos de lo nuestro, y lo nuestro no le importa a nadie.

AMPARITO.—¡Claro! ¡Que aproveche el palique! Otra vez mandaré antes un besalamano preguntando si puedo pasar. (¡Qué tío! ¡Es más grosero que el portero!) (*Y desaparece por la primera izquierda.*)

MARIA IGNACIA.—¡Pero, Cosme, por Dios, empleas a veces unos modos!...

COSME.—Yo expreso siempre mi sentir. ¡Así hay que tomarme!... ¿Es que no estamos mejor a solas, chiquilla?... ¡Je, je! ¡Qué encarnada te has puesto!... ¿Todavía sientes vergüenza de mí... ¡Juy, lo que me ilusiona ese rubor!

(*Llega DOÑA PURIFICACION, por la primera izquierda, con un servicio de café para una sola persona.*)

DOÑA PURIFICACION.—El café.

MARIA IGNACIA.—¡Hola, mamaita!

DOÑA PURIFICACION.—¡Gracias a Dios que llegaste, hija! Prieto estaba preocupado por tu tardanza. ¿A que ya no se aburre usted?

COSME.—¿Aburrirme estando con ella? ¡Ni pensarlo! Aunque no conversemos. Me distraigo con la vista... ¡que ya hay con qué distraerse, ya!

DOÑA PURIFICACION.—¡Qué hombre tan galante!... Ahora a tomarse el café.

COSME.—¿Estará bueno? Ayer era agua sucia.

DOÑA PURIFICACION.—Porque lo hizo Barbarita. Sírvelo, nena. ¿Qué te ha parecido el obsequio de hoy?

MARIA IGNACIA.—Muy práctico.

(Cuando María Ignacia se dispone a servir el café, sale RICARDO por la derecha.)

RICARDO.—Un momento, María Ignacia.

MARIA IGNACIA.—*(Yendo a su encuentro.)* ¿Qué te ocurre?

RICARDO.—Que me había olvidado de lo mejor: del collar.

MARIA IGNACIA.—Pero si ya te he dicho que...

RICARDO.—¿Me lo desprecias otra vez? ¿Y qué hago yo ahora con esto?... Tómalo.

(Mientras hablan María Ignacia y Ricardo, doña Purificación sirve el café a Cosme.)

MARIA IGNACIA.—Si te empeñas...

RICARDO.—¿No lo he comprado para ti? *(Entregándole un collar pequeño, de moda.)*

MARIA IGNACIA.—Muy agradecida. ¡Mira qué monada, madre! ¡Bueno, hay que reñirle a Ricardo!

COSME.—¿Por qué?

MARIA IGNACIA.—Porque se ha metido en gastos. Figuraos que estaba yo parada ante un escaparate cuando nos encontramos y, quieras que no, me hizo entrar en la tienda y compró esta preciosidad de collar. *(A cosme.)* ¿Te gusta?

COSME.—¡No está mal!... ¿Quince pesetas?

RICARDO.—Doce.

DOÑA PURIFICACION.—¡Ya se ve!

COSME.—¡Poco dinero, don Ricardo!

RICARDO.—¡Muy poco... y bastante que lo siento!

MARIA IGNACIA.—Pues yo lo estimo como si hubiese costado un millón. Hace tiempo que tenía el capricho de un collarito de estos de moda.

COSME.—¿Que tú deseabas una bisutería de estas y no me habías dicho na?

MARIA IGNACIA.—¿Para qué?

COSME.—¡Pa comprártela yo, que soy tu novio! (*Levantándose.*) ¡Ahora mismo te traigo veinte collares!

DOÑA PURIFICACION.—¡Pero, Cosme!...

COSME.—¡O treinta! ¡Y tos más bonitos que ese! ¡Los mejores que haya en Madrid!

RICARDO.—Como que es usted mucho más rico que yo.

COSME.—¡A mí no me achica nadie!

RICARDO.—No ha sido esa mi intención, señor Prieto. Créame que lo hice valido de la gran confianza que tengo con María Ignacia y con toda esta familia.

COSME.—¿Tú quieres collares? ¡Pues pide por esa boca bendita, que voy a traerte un kilómetro de perlas y brillantes! ¡Hasta luego! ¡Yo no quedo en ridículo en cuestión de pesetas! (*Y vase por la segunda izquierda.*)

DOÑA PURIFICACION.—(*Saliendo tras Cosme.*) ¡Escuche, Cosme!... ¡No haga locuras, por Dios!... ¡Cosme!... (*Y desaparece también.*)

RICARDO.—(*Después de una pausa.*) No imaginé que una atención contigo, que tienes tantas para mí, pudiese incomodar a nadie. Por lo visto, le soy poco simpático a tu novio. ¡Vaya por Dios!... ¡Con lo bien que me encuentro entre vosotros!

MARIA IGNACIA.—¿De veras?

RICARDO.—¿Me lo preguntas tú, que cuidas de mis cosas como una hermana?

MARIA IGNACIA.—Pagaste lo pedido y hay que servirte. A lo mejor quedas descontento y te marchas a otra parte.

RICARDO.—¡Ca! Yo me muero aquí.

MARIA IGNACIA.—¡No hables de la muerte, que tiene mala sombra! Temo hoy, no sé por qué, cosas desagradables.

RICARDO.—¡Huy, huy! A ti te ocurre algo grave.

MARIA IGNACIA.—No, te aseguro que no.

RICARDO.—Cuéntame tus penas.

MARIA IGNACIA.—Pero si yo no tengo penas.

RICARDO.—¡Que te crees tú eso! Anda, cuéntamelas.

MARIA IGNACIA.—¡Ay, hijo, qué curioso!

RICARDO.—Vamos, confiésate conmigo.

MARIA IGNACIA.—¿Quieres hacer el favor de hablar de otra cosa?

RICARDO.—Sin favor. Ya no hablo de nada. ¡Punto en boca! Fíjate qué cara tan larga.

MARIA IGNACIA.—¡Qué fuguilla eres!

RICARDO.— Y lo mejor será que me vaya a la calle y me tome yo solo la limonada que no quisiste aceptarme antes cuando veníamos para acá. (*Avanza unos pasos hacia la segunda izquierda.*) ¡Ya me voy!

MARIA IGNACIA.—¡Ricardo!... ¡Ricardo!

RICARDO.—¿Qué?

MARIA IGNACIA.—¿Por qué no la tomas aquí? Si tienes tanta sed, quédate, hombre.

RICARDO.—¡Ah, sí! Pues te has pillado los dedos.

MARIA IGNACIA.—¿Por qué?

RICARDO.—Porque ya no me muevo de esta silla hasta que me convides. (*Y se sienta.*)

MARIA IGNACIA.—¿A limonada?... Si te empeñas... ¿Se te ha pasado el enfado?

RICARDO.—¡A medias!

MARIA IGNACIA.—¡Qué pelmazo! Si te empeñas... ¡Barbarita!... Oye, si me sale muy mal, no te burles.

RICARDO.—¡A ver si me envenenas!

MARIA IGANCIA.—¡Qué horror!

(*Sale BARBARITA por la segunda izquierda.*)

BARBARITA.—¿Me has llamao, gloria?

MARIA IGNACIA.—Haz el favor de traerme un limón de la cocina.

BARBARITA—¿Tíes flato? ¿Te duele el hígado?... ¿Qué te pasa a ti, reina?

MARIA IGNACIA.—Nada, mujer; no te alarmes.

BARBARITA.—¡Ah, güeno! Ahora mesmo voy a traételo. (*Y vase por la primera izquierda. María Ignacia saca del aparador un vaso, cucharilla, el azucarero, cuchillo y un exprime-limones.*)

MARIA IGNACIA.—El servicio no es muy allá. Como no estaba prevenida... Para otra vez, sacaré el de los días de fiesta, que el señorito se merece... (*Vuelve BARBARITA.*)

BARBARITA.—¡Aquí lo ties, pimpollo!... ¿Mandas algo más? ¿Te ayudo?

RICARDO.—No, señora.

BARBARITA.—¡Calla tú, ganguista! ¿Refresquitos, eh? ¡Que alproveche! (*Y vase por la segunda izquierda. Hacen una pausa mientras María Ignacia comienza los preparativos.*)

MARIA IGNACIA.—Bueno, si me miras con esa atención, no haré nada a derechas

RICARDO.—¿Te azoras?

MARIA IGNACIA.—¡Vuelve la cara, hombre!

RICARDO.—¡Sí, en seguida! Para no verte. ¡Qué graciosa!

MARIA IGNACIA.—¡Pero, qué pesado!... ¡Que no me mires!

RICARDO.—¡Déjame que goce la dulce serenidad de este momento!... ¡Bendita la hora en que mi fortuna me trajo aquí! ¡No sé qué encanto tienen para mí estas paredes!... Mira, salgo a la calle y no me encuentro a gusto a ninguna parte; acabo mi trabajo y me falta tiempo para volver a mi hogar, porque este es ya mi hogar, María Ignacia; ese hogar que todavía no pude crearme y que la casualidad ha hecho que lo halle al lado tuyo. ¡He vivido siempre tan solo!

MARIA IGNACIA.—Porque fuiste un aventurero. ¿Te acuerdas de tus fantasías de muchacho? Nunca se me ha olvidado aquello que decías a todas horas cuando niño: "¡Yo quiero correr mundos y mundos!"... ¡Soñabas como un chiquillo loco!

RICARDO.—¡Loco! ¡Lo fuí! Si supieras cuánto he luchado sin tener el consuelo de unas palabras de cariño en los instantes de desaliento!... Por eso ahora, no me iré de aquí aunque me echen.

MARIA IGNACIA.—¿Quién va a atreverse a echarte?

RICARDO.—No sé. Temo, quizá porque vivo dichoso. Cada vez que entro en mis habitaciones y las veo siempre tan cuidadas, tan limpias...

MARIA IGNACIA.—La que limpia es Barbarita, que vale un imperio la pobrecilla.

RICARDO.—No. ¡Se perciben allí tus manos. María Ignacia! Esas manos que son como el alma de toda esta casa.

MARIA IGNACIA.—Qué cosas dices cuando te pones serio... ¿Te gusta muy cargada de azúcar?

RICARDO.—Como tú me la ofrezcas.

MARIA IGNACIA.—Con muy buena voluntad, desde luego.

RICARDO.—¿Quieres probarla?

MARIA IGNACIA.—Bebe tú primero, para que no te enteres de mis secretos.

RICARDO.—¿Tan reservados son?

MARIA IGNACIA.—Como que son míos nada más.

RICARDO.—Oye, está riquísima.

MARIA IGNACIA.—¡Soy un hacha!

RICARDO.—¡Eres única!

MARIA IGNACIA.—¿Para las limonadas, verdad?

(*Aparece AMPARITO en la primera izquierda.*)

AMPARITO.—¿Se puede entrar ahora?

RICARDO.—¡Ya lo creo!

AMPARITO.—(*Entrando.*) Buenas tardes... ¡Ah! ¿Pero no está el tío mal genio?

MARIA IGNACIA.—¡Amparo!...

AMPARITO.—¿Se ha marchao?... ¡Lo celebro! ¡Atiza, refrescando! ¿Quién se ha sofocao?

RICARDO.—Servidor.

AMPARITO.—Tenga usted el abanico. Se lo ofrezco con mucho gusto porque me es usted más simpático que otros... ¡Que otros! ¿Usted me entiende?

RICARDO.—Así, con medias palabras, no es fácil.

AMPARITO.—¡Pues es usted muy arrimao a la cola!

(*Llega BARBARITA por la segunda izquierda.*)

BARBARITA.—Niña, que está ahí la señorita Matilde, esa loca del novio ambulante...

MARIA IGNACIA.—Que pase.

BARBARITA.—¿Aquí?

MARIA IGNACIA.—Sí. Dile que entre.

BARBARITA.—¡Güeno, pos que entre! (*Y vase.*)

AMPARITO.—¿Ha cambiado tu amiga la hora de pava?

MARIA IGNACIA.—No creo. ¿Qué la ocurrirá?

AMPARITO.—Quizá que habrán cateao otra vez a Carlitos. (*Entra MATILDE SANCHEZ-CORDOBA por la segunda izquierda.*)

MATILDE.—(*Apenadísima.*) ¡Ay, María Ignacia!... ¡Hola, Amparito! Buenas tardes.

RICARDO.—Muy buenas, señorita.

MATILDE.—(*Sentándose.*) ¡Ay, qué catástrofe!

MARIA IGNACIA.—¡Pero, chiquilla!...

AMPARITO.—¿Quiere usted agua?

MATILDE.—¡Quiero veneno! ¡Ay, qué espanto!

AMPARITO.—¿Se ha muerto Carlitos?

MATILDE.—¡Para mí, sí! ¡He roto con él! Me he enterado que anda muy distraído con una segunda tiple de Martín.

AMPARITO.—¡Caramba con Carlitos!

MATILDE.—¡Es un imbécil! Figúrense que fué a ver "El país de los tontos"...

AMPARITO.—¿Y se quedó allí, verdad?

MATILDE.—¡No me quiere!

AMPARITO.—Las pruebas son de eso.

MATILDE.—¡Ah, pero yo a él tampoco! Y he tomado una determinación radicalísima. Acabo de echar al correo una carta para mi primo, el de Arroyo, diciéndole que estoy dispuesta a casarme a escape.

AMPARITO.—¿Con ese que no le gusta?

MATILDE.—¡Aunque no me guste!

RICARDO.—¿Y qué culpa tiene ese pobre primo de las ingratitudes de Carlitos?

MATILDE.—¡Es verdad!... ¡Ay, los hombres!

AMPARITO.—¡Bandidos!

MATILDE.—¡Miserables!

RICARDO.—¡Señoritas, que estoy yo aquí!

AMPARITO.—No saben ustedes más que hacer padecer a las pobrecitas mujeres.

MATILDE.—¡Pobrecitas, no, que ya nos ha llegao nuestra hora! Hoy día tenemos las mismas libertades y los mismos derechos que ellos.

RICARDO.—¿Las mismas libertades y piensa usted, como recurso único, engañar a un hombre que no ama, para vivir sin ilusiones toda su vida?

MARIA IGNACIA.—Hijo, las que somos decentes no tenemos más remedio que conformarnos con lo que Dios disponga.

RICARDO.—Por cobardía, ¿verdad?

MARIA IGNACIA.—Por cobardía, no, Ricardo. Nosotras, esas pobrecitas mujeres que decía Amparito, cómo vamos a dirigirnos a un hombre para decirle: "¡Te quiero muchísimo!"

AMPARITO.—¡Quién se atreviese! Si yo tuviera valor pa acercarme a Boni y decirle... "Oiga, joven, estoy por usted que se me deshilacha el flequillo."

RICARDO.—¡Ja, ja, ja!

AMPARITO.—Claro que, a lo mejor, le hacía gracia y me llevaba a la Vicaría.

RICARDO.—¡Naturalmente!

AMPARITO.—¿Y si me daba calabazas? Puede que saliera con aquello de: "¡Estoy ya comprometido, señorita!"

RICARDO.—Pues a otro.

AMPARITO.—¡*Amos*, ande! No necesitaban ustedes nada más que eso. ¡Ni tontos ni na que se iban a poner!

MARIA IGNACIA.—¡Qué teorías, chico!

RICARDO.—¿Absurdas?

MARIA IGNACIA.—¡Desde luego!

RICARDO.—Entonces ¿en dónde están esas libertades vuestras de que hablaba antes esta señorita?

AMPARITO.—¡En ninguna parte! Aquí las que tenemos vergüenza hemos de fastidiarnos, por lo mismo que tenemos vergüenza.

MARIA IGNACIA.—El mundo es así.

RICARDO.—Pero ¿qué pecado puede haber en que una mujer

como... como tú, por ejemplo, María Ignacia, confiese un amor honestamente sentido? ¿Qué mal hizo ese pobre hombre, primo de esta joven, y otros muchos, para que les mientan por despecho... o por recurso?

MATILDE.—(*Levantándose.*) ¡Tiene usted muchísima razón!

AMPARITO.—¡Anda, qué pronto la ha convencido!

MATILDE.—Como que ahora mismo le escribo otra carta al de Arroyo manifestándole que no hay nada de lo dicho en la anterior. ¡Y si papá me mata, que me mate!

RICARDO.—¡Olé por las mujeres valientes!

MARIA IGNACIA.—Cállate, loco.

MATILDE.—¡Todo antes que esa birria de primo que me han buscado!

AMPARITO.—Birria, pero no sabemos si habrá otra pobrecita loca por sus pedazos.

MATILDE.—¡Pues para ella, y así seremos felices cuatro personas! ¿Tienes papel y pluma?

MARIA IGNACIA.—Aquí no; pero si te empeñas, pasa al despacho de Joaquín. Anda, vamos allá.

MATILDE.—Vamos, vamos...

AMPARITO.—¿Yo también?

MATILDE.—Todos. Venga usted, Ricardo. Así me ayudan a redactar la carta, que a mí no se me ocurre nada.

AMPARITO.—Póngale usted un anónimo diciéndole: "No te quiero, primo; no te quiero. Tu prima, Matilde." ¡Un anónimo!

MATILDE.—Eso está bien.

AMPARITO.—¡Claro! A escribir, a escribir y a no perder el tiempo. (*Y vanse todos, riendo, por la segunda izquierda.*)

(*Queda la escena sola unos instantes. Sale DON ANGELITO por la primera puerta de la izquierda.*)

ANGELITO.—Joaquín tampoco los tiene. ¿De dónde sacaría yo cinco duros?... Los necesitaba para invitar a comer a Ricardo, que el hombre me invita casi todos los días, y yo, que soy un señor, debo corresponder a sus atenciones. Pero ¿de qué manera?... A Ricardo no me parece bien pedirle dinero.

(*Llega RICARDO por la segunda izquierda.*)

RICARDO.—(Diablos de muchachas! ¡Son encantadoras!) ¡Don Angelito!... ¿Qué hace aquí tan solo?

ANGELITO.—¡Sufriendo!

RICARDO.—¿Usted? ¡No lo creo!... ¿En dónde cenamos esta noche?

ANGELITO.—Yo, en casa.

RICARDO.—¿No quiere usted acompañarme?... ¿Qué le pasa?

ANGELITO.—Contratiempos, desengaños... ¿Querrás creer que Cosme, mi sobrino como quien dice, se ha negado a prestarme cinco duros que le he pedido para devolvérselos mañana domingo?

RICARDO.—¡Ah, pirandón! ¿Y en qué pensaba usted gastar esas pesetas? ¿En una cenita?

ANGELITO.—¿Cómo lo sabes?

RICARDO.—¿Tenemos aventura con alguna señora del barrio?

(*Llega JOAQUIN por la primera puerta de la izquierda.*)

JOAQUIN.—Oye, tío Angelito, ¿tú has cogido mi maquinilla de afeitar?

ANGELITO.—Yo, no.

RICARDO.—Hola, pollo...

JOAQUIN.—Hola... ¡Chico, otro traje! ¡Vaya vestuario!

RICARDO.—A tu disposición.

JOAQUIN.—Gracias. Se ve que pretendes deslumbrarnos.

RICARDO.—¡No seas bobo! Continúe usted en el uso de la palabra, don Angel.

ANGELITO.—Luego. Ahora ha llegado éste y...

JOAQUIN.—¿Qué? ¿He surgido inesperadamente en el momento del sablazo?

ANGELITO.—¡Joaquín, mira bien lo que hablas! Yo no le he pedido jamás un céntimo a Ricardo. ¡Me has herido!

JOAQUIN.—¡Déjate de pamemas! ¡Son ya muchas comidas a costa de Guillén! A lo mejor se figura que aquí no tenemos qué llevarnos a la boca.

RICARDO.—Hombre, no merece la pena.

JOAQUIN.—¡Sí que la merece!

ANGELITO.—Pero ¿a quién ofendo con eso? Este me convida y nos vamos por ahí y recordamos cosas y hechos de otros días. Ricardillo se ríe y goza... ¡y hasta llora a veces con lo que yo le cuento!, y tu tío Angelito vive feliz unas horas añorando los tiempos de aquel Angelito Montalvo de Badajoz.

JOAQUIN.—¡Muy sentimental, pero no me conmueves, porque te creo capaz de todo! Hasta de haberte olvidado de lo que fuimos para el padre de Ricardo.

RICARDO.—Soy yo quien no debe olvidarlo nunca. Y no te disgustes, Joaquín, que voy a darte una buena noticia.

JOAQUIN.—¿A mí? ¿Cuál?

RICARDO.—Pues que como he de necesitar muy pronto un empleado, mejor dicho, un compañero que me ayude en el tra-

bajo—porque las cosas no van saliendo mal, gracias a Dios—, me he acordado de ti primero que de nadie.

JOAQUIN.—Agradecidísimo.

RICARDO.—No tienes oficina por las tardes y siempre estás lamentándote de tu poca fortuna. Ahora es la ocasión de...

ANGELITO.—¡Hombre, eso está bien!

JOAQUIN.—Acéptalo tú, si tan bien te parece.

RICARDO.—Es que yo te lo ofrezco a ti.

JOAQUIN.—¿Con qué sueldo?

RICARDO.—Con el que pueda ser. Partiremos lo que buenamente se gane...

JOAQUIN.—No es plan. A lo mejor me salías un mes con cien pesetas...

RICARDO.—Espero que no.

JOAQUIN.—¿Cómo me lo garantizas?

RICARDO.—Con el afán que habíamos de poner los dos en el trabajo. Ya sabes que a mí no me asusta luchar. ¿Qué, aceptas?

JOAQUIN.—Desde ahora puedo anticiparte que no. Por lo visto has llegado a esta casa dispuesto a protegernos a todos.

RICARDO.—¡Joaquín!

ANGELITO.—¡Pero sobrino!...

JOAQUIN.—Y si las circunstancias, tan favorables para ti como adversas para nosotros, han hecho que te creas con fuerzas para humillarnos...

RICARDO.—¡Me estás ofendiendo!

JOAQUIN.—¡Antes me has ofendido tú, proponiéndome un triste empleo, indigno de mí! ¡Yo a las órdenes del hijo de Guillén, nuestro criado! ¡Sería el colmo!

RICARDO.—Perdona. No imaginé que una vanidad estúpida...

JOAQUIN.—¡Ricardo!

RICARDO.—¡Estúpida, sí! ¡Es lo menos que puedo contestarte para ponerme a tono con tus impertinencias! ¡El hijo de Guillén, de tu criado como tú dices, ha pretendido ser tu amigo; pero un amigo leal y noble. ¡Ya ves qué atrevimiento! Perdona. (*Y vase por la derecha.*)

JOAQUIN.—¡Pero habráse visto insolencia semejante!

ANGELITO.—Por parte tuya, sobrino. Has estado muy poco correcto.

JOAQUIN.—¡Tú qué sabes!

ANGELITO.—Chico, dinero no tendré, pero educación creo que sí.

JOAQUIN.—¡Lo que tienes es un gañote de dos metros! ¡Y esas comidas se han concluído!

(*Llega DOÑA PURIFICACION por la segunda izquierda.*)

PURIFICACION.—¡Ay, Jesús, no veo la hora de que se marche esa condenada Amparito!

JOAQUIN.—Escucha, mamá. Acabo de tener una escena violentísima con Ricardo.

PURIFICACION.—¿Por qué?

JOAQUIN.—¡Porque es un grosero! ¡Me ha llamado estúpido!

PURIFICACION.—¿A ti? ¿Es posible?

JOAQUIN.—El tío lo ha oído.

ANGELITO.—¡A mí no meterme en líos!

JOAQUIN.—Y ya comprenderás que, después de lo sucedido, yo no puedo ni debo permitir que ese imbécil permanezca en esta casa. El día menos pensado discutimos otra vez y no sé a dónde me puede llevar mi carácter.

PURIFICACION.—¡Estamos aviados con el tal Guillén! Te advierto que antes me ha proporcionado a mí un disgusto enorme, horroroso. Figúrate que en presencia de Prieto ha tenido el atrevimiento de regalarle un collar a tu hermana, y Prieto, como es natural, ha botado.

JOAQUIN.—Me alegro que hables de eso. También deseaba yo tratar esa cuestión. Son ya muchas conversaciones y muchas bromas con María Ignacia. ¡Y por ahí sí que no!

PURIFICACION.—¡De ninguna manera!

JOAQUIN.—¡Pues no digo nada si Cosme se amosca y toma las de Villadiego! Por eso lo mejor es que hables de una vez con Ricardo. Pretextas con cualquier motivo que necesitamos las habitaciones, y que se marche cuanto antes.

PURIFICACION.—Tiene abonada una mensualidad.

JOAQUIN.—Se le paga lo que reclame y en paz.

PURIFICACION.—Calma, hijo; calma. Eso no puede ser. ¿Y la vergüenza que pasaríamos si nos pidiese un dinero que es suyo?

JOAQUIN.—Puede que se sienta espléndido para humillarnos más. Y en último caso, le contamos a Cosme lo que ocurre y él nos adelantará todo lo que haga falta. Tú debes decirle hoy mismo a ese majadero que aquí está de más.

PURIFICACION.—No me atrevo, Joaquín.

JOAQUIN.—Entonces que se lo diga el tío.

ANGELITO.—¿Yo?

JOAQUIN.—Será menos violento. Tienes mucha confianza con él, estáis a partir un piñón, de manera que quedas en el encargo.

ANGELITO.—¡Sí que me dais unos encarguitos!

JOAQUIN.—¿Es que no vas a servirnos ni para eso?

ANGELITO.—Yo sirvo para todo...

JOAQUIN.—¡Qué cinismo!

ANGELITO.—Menos para comunicar malas noticias.

JOAQUIN.—Pues no hay más remedio. Te lo mando yo y a obedecer. (*Y vase por la galería.*)

PURIFICACION.—Claro, Angelito. Joaquín lo desea y hay que hacer su voluntad. Ocupa entre nosotros el puesto de su padre. Sé amable y ya verás qué bien lo escapamos todos. ¡Sé amable! (*Y vase tras Joaquín.*)

ANGELITO.—Bueno, bueno... ¡Pues, Señor, me caen a mí unas gangas!... ¿Y con qué cutis le digo yo a ese chico que se marche?

(*Llega AMPARITO por la segunda izquierda.*)

AMPARITO.—¡Qué carta ha puesto Matilde! ¡Qué ortografía! Quiero con hache. ¡Y dónde la ha puesto! Al final.

ANGELITO.—¡Amparito!

AMPARITO.—¿Qué? ¿Me va usted a preguntar otra vez si tengo novio? ¡Pues no lo tengo! ¡Y bastante que lo siento!

ANGELITO.—En cambio yo lo celebro muchísimo.

AMPARITO.—¿Por qué?

ANGELITO.—¡Porque es usted la taquimeca más salada de España!

AMPARITO.—¿De España nada más? ¡Siquiera de Europa, don Angelito!

ANGELITO.—Ponga usted las cinco partes del mundo.

AMPARITO.—¡Pongo que está usted tarari! (*Acción de barrenar las sienes.*)

ANGELITO.—¡Por usted!

AMPARITO.—¡Fin de la primera parte! El bar en el entresuelo.

ANGELITO.—No se burle.

AMPARITO.—Si lo tomo en serio me va a dar la meningitis.

ANGELITO.—No se burle, que a lo mejor le resulto el hombre que usted ha soñado.

AMPARITO.—¡No suelo tener pesadillas!

ANGELITO.—Y después de pensarlo muchísimo me atrevo a decirle. Amparito, nena...

AMPARITO.—¡Huy, nena! ¿Qué pasa, nene?

ANGELITO.—¿Quiere usted que repartamos las invitaciones para una boda a la mayor brevedad posible?

AMPARITO.—¡Jajay!...

ANGELITO.—¿Se ríe?

AMPARITO.—¡Pa no llorar de pena al ver lo mochales que está usted! ¿De manera que boda y todo? ¡Jajay! Es usted un

tío más largo que de aquí a Lima. Seguramente ha pensado: Amparito Céspedes es una tontona, una infeliz a quien no le han dicho nunca por ahí te pudras; gana un sueldecito muy decente—porque lo del sueldo es lo que le ha hecho tilín—, y en cuanto yo la llame nena, se tambalea. ¡En seguida! ¡Jajay!... ¿De modo que servidora trabajando y usted sentao a la camilla leyendo "El Buen Humor", verdad? ¡Qué buen humor... el mío!

ANGELITO.—Comprenda que estoy muy desamparado...

AMPARITO.—¡Amos, quite, no se meta usted en líos a sus años! ¡Invitaciones pa una boda! ¡Jajay!... (¡Ay, Boni, si hubieras sido tú el interfecto! ¡Si me dijeses una cosa parecida camino de la Moncloa! ¡Pero vas demasiado despacio, Bonifacio!) (*Y se marcha por la segunda puerta de la izquierda.*)

ANGELITO.—¿Y era ésta la solución de mi vida?... ¡Ese animal de Cosme es un canalla! ¡Qué día llevo! ¡Es que no doy una! (*Aproximándose a la puerta de la derecha.*) ¡Y vamos ahora con el trago más amargo!... ¡Ricardo..., Ricadillo!... ¿Cómo se lo diré sin echarme a llorar?...

(*Sale RICARDO por la derecha.*)

RICARDO.—¿Me llama usted?

ANGELITO.—Haz el favor. Mira, muchacho... ¡Y el caso es que no sé cómo empezar!

RICARDO.—Empiece como sea.

ANGELITO.—Mira... Mira, hay momentos en la vida en que nuestra fatalidad nos lleva a una situación...

RICARDO.—¿Qué quiere usted decir?

ANGELITO.—Me obligan muchas causas, y tú has de hacerte cargo de mi violencia...

RICARDO.—Me hago cargo de todo, don Angelito. ¿Cuánto?

ANGELITO.—¡Eh!

RICARDO.—¿Cinco duros nada más?

ANGELITO.—Pero si...

RICARDO.—(*Sacando su cartera.*) Sin explicaciones, que no las preciso.

ANGELITO.—¡Que pueden verte!

RICARDO.—¿De verdad que no necesita más que cinco? Tenga.

ANGELITO.—No, no.

RICARDO.—Tenga usted. ¿La primera vez y voy a negarme? ¡Faltaría más!

ANGELITO.—Si te empeñas...

RICARDO.—Y para que no le regañen, quede esto entre nosotros dos. Hemos de guardar el secreto.

ANGELITO.—(*Metiéndose el billete en un bolsillo.*) ¡Ya está guardado!

RICARDO.—Y a no apurarse, que todo tiene arreglo en este mundo. (*Y vase por la derecha.*)

ANGELITO.—¡No me había pasado nunca! Veinte años pidiendo dinero, y la única vez que tengo un billete de banco mío es porque me lo han dado sin pedirlo. ¿Y con qué cara he de decirle que se marche?

(*Llega JAOQUIN por la derecha de la galería con traje de calle y sombrero flexible.*)

JOAQUIN.—¿Qué, hablaste ya con Guillén?

ANGELITO.—Verás. He hablado, esa es la verdad, y...

JOAQUIN.—¿Qué te ha dicho?

ANGELITO.—Pues no me ha dicho nada..., porque yo tampoco le he dicho una palabra de lo de...

JOAQUIN.—¿No quedaste en el encargo?

ANGELITO.—Pero los encargos... unos tardan más y otros tardan menos, según quien los lleve.

JOAQUIN.—¡Valiente pelmazo!... ¿Sigue Ricardo en casa?

ANGELITO.—Ahí dentro.

JOAQUIN.—(*Va a la puerta de la derecha.*) ¡Guillén!... No creo que se coma a los niños crudos.

ANGELITO.—Y si se los come empezará por ti, que eres más niño que yo.

JOAQUIN.—¡Guillén!...

(*Sale RICARDO.*)

RICARDO.—¿Qué se te ofrece?

JOAQUIN.—Comunicarte que mamá y yo hemos decidido ocupar las habitaciones que nos tienes alquiladas.

RICARDO.—¡Ah! ¿Y cuándo habéis tomado esa determinación?

JOAQUIN.—Esta mañana.

RICARDO.—¿Esta mañana? ¡Qué extraño que María Ignacia no supiese nada! ¿No habrá sido esta tarde, después de la escena que hemos tenido aquí mismo? ¿Usted qué opina, don Angelito?

ANGELITO.—¡A mí no meterme en líos!

RICARDO.—¡Válgame Dios! ¡Y todo por una envidia ruin!

JOAQUIN.—¿Envidia de qué?

RICARDO.—No me hagas repetir lo que sabes mejor que nadie. ¿Qué culpa tengo yo de tu soberbia? ¿Qué ofensa te causé proponiéndote lo que era en mí un deber de gratitud?... ¿No me respondes?

JOAQUIN.—¿Para qué?

RICARDO.—¡Para que hablemos con el corazón, como tienen que hablar dos hombres que no pueden odiarse!

ANGELITO.—¡Qué Ricardillo èste!

RICARDO.—¿A qué emplear bajas mentiras? Tu actitud es consecuencia de mi conversación contigo.

JOAQUIN.—¡Pues, sí; lo es! Consecuencia de eso y de otras muchas cosas que están sucediendo aquí.

RICARDO.—¿Qué dices?

JOAQUIN.—¡Que si fueses un caballero!...

RICARDO.—¡Joaquín!...

ANGELITO.—¡Calla, por favor! ¡Calla!...

RICARDO.—¡Y si no callas, no voy a mirar ni de quien eres hijo!

JOAQUIN.—¡Si fueses un caballero y no un patán con cuatro trajes de señorito, no habrías puesto los ojos y tu vanidad de castigador en una mujer que está prometida a un hombre más digno y más hombre que tú cien veces!

RICARDO.—¡Tú sí que no eres hombre..., ¡ni hermano!, que con la infamia que has dicho has ofendido más a María Ignacia que a mí!

(Por la segunda izquierda llegan, asustadísimas, MARIA IGNACIA, AMPARITO y BARBARITA.)

MARIA IGNACIA.—¡Pero qué voces!...

AMPARITO.—¿Qué pasa aquí?

ANGELITO.—(¡Gracias a Dios que han llegado!)

BARBARITA.—¿Quién se ha puesto malino?

AMPARITO.—¿Qué ha ocurrido?

RICARDO.—¡Nada, no ha ocurrido nada!

MARIA IGNACIA.—¿Nada, con esas caras?

RICARDO.—Joaquín y yo que discutíamos...

MARIA IGNACIA.—¡Pero, hermano!...

RICARDO.—Y nos alteramos. Yo he tenido motivos para violentarme, porque me echan de mi casa.

JOAQUIN.—¡De la nuestra!

MARIA IGNACIA.—¿Que te echan?

RICARDO.—¡Sí, María Ignacia!

AMPARITO.—¡Aguanta!

BARBARITA.—¡Cristo del Desamparo!

RICARDO.—Y debo irme cuanto antes.

MARIA IGNACIA.—¿Por qué?

RICARDO.—¡Porque creen que peligra la felicidad de todos ellos!

ANGELITO.—¡Que yo no me he metido en nada, Ricardillo!

RICARDO.—¡En cambio, la tuya ni les importa! ¡Ya ves si son desinteresados! (*Y vase por la derecha.*)

JOAQUIN.—¡Bah! Romanticismos de aventurero.

MARIA IGNACIA.—¡Pero, Joaquín!...

JOAQUIN.—Y tenemos la culpa nosotros, que le hemos tolerado unas familiaridades absurdas. Afortunadamente, todo se ha solucionado hoy de la mejor manera. (*Marchándose por la derecha.*) (¡Ya no habrá cuidado!) (*Y desaparece.*)

(*María Ignacia habrá caído sobre una silla y llora en silencio.*)

AMPARITO.—¿Por qué lloras, criatura?

MARIA IGNACIA.—¡Porque se irá para siempre!

AMPARITO.—Y tú le quieres, ¿verdad?

BARBARITA.—¡Niña!...

ANGELITO.—¡Sobrina!

MARIA IGNACIA.—¡Para siempre!...

AMPARITO.—*¡Amos,* prima, no gimotees! ¡No te apures! ¡No seas prima, prima!

(*Llega COSME por la segunda derecha. Viene sofocadísimo, con tres o cuatro docenas de collares de cuentas de colores.*)

COSME.—¿He tardado mucho? A ver si te gustan... Pero, ¿estás llorando? ¿Qué tienes tú?...

MARIA IGNACIA.—Nada.

COSME.—¿Quién te ha hecho llorar?

AMPARITO.—¡Usted!

COSME.—¿Yo?

AMPARITO.—¡Claro! ¡Como que se ha impresionao muchísimo al verle llegar con tantos collares, por el gasto que habrá usted hecho!

COSME.—¡Maldita sea!...

(*Cosme va a tirar los collares y acude presuroso don Angelito, que los recoge y se los cuelga de los brazos.*)

ANGELITO.—¡No los tire, que estos los vendo yo mañana a dos *peletas!*

(*TELON*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El mismo lugar de acción que en el acto primero. Serán las once de la mañana, al día siguiente de lo ocurrido en el acto anterior.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Se supone que habrán llamado a la puerta principal, y sale BARBARITA por la primera derecha, abre la puerta del foro y aparecen BELEN y CONSUELO, dos lindos pimpollos de pocos años.)

BELEN.—Buenos días. ¿La señorita María Ignacia Céspedes?

BARBARITA.—Aquí es, pero ahora no está en casa. ¿Qué precuraban ustés?

BELEN.—Veníamos a recoger unos bordados que le trajo su prima Amparito...

BARBARITA—¡Ah, sí! Entren... ¿Usté es doña Belén Ramírez?

BELEN.—Sí, señora.

BARBARITA.—Pos asiéntese, y usté tamié, joven, que la niña ya tié listo el encalgo. Voy a buscalo. (*Y vase por la izquierda.*)

CONSUELO.—A ver qué primores te ha hecho en las combinaciones.

BELEN.—Como no me gusten, no se las tomo.

(*Llega DON ANGELITO por la primera derecha. Saldrá en bata, la misma bata del acto primero.*)

ANGELITO.—Pues, señor, no comprendo cómo ese chico... ¡Ah! Ustedes perdonen..., y disimulen la bata.

BELEN.—Disimulada. Por nosotras no se preocupe.

ANGELITO.—¿Qué deseaban?

BELEN.—Venimos buscando unas combinaciones...

ANGELITO.—¿Unas combinaciones?... Oiga, jovencita...

BELEN.—¿Qué pasa?

ANGELITO.—¿Podría yo entrar en alguna de esas *combinas?*

BELEN.—Son de crespón.

ANGELITO.—¡Mejor que mejor!

BELEN.—¡Ay, el abuelete!...

CONSUELO.—Es de risa, ¿verdad, Belén?

ANGELITO.—¡Huy, Belén!... ¿A qué hora cierra usted el portal?

BELEN.—Salgo todas las noches.

ANGELITO.—¿Sola?

BELEN.—Con mi hermana y dos *amigüitos.*

ANGELITO.—¿Y adónde van ustedes?

BELEN.—Al Stádium, a las carreras de galgos.

ANGELITO.—¿De galgos? ¿Corren los *amigüitos?*

BELEN.—Corre el taxi nada más.

ANGELITO.—Pues todavía me quedan a mí cinco duros pa bajar la bandera.

BELEN.—¿Y si volcamos?

ANGELITO.—No se preocupe, que ya tendré yo cuidado de las curvas. Y si usted y esta joven oyente... ¿Cómo se llama usted?

CONSUELO.—Yo, Consuelo.

ANGELITO.—¡Ya lo creo que consuela usted, hija de mi alma! Y quita la mar de penas.

CONSUELO.—Eso dice mi novio.

ANGELITO.—¡Vaya por Dios! (*A Belén.*) El suyo no dirá nada, ¿verdad?

BELEN.—Si se arrima usted demasiado puede que proteste.

ANGELITO.—Mientras no proteste usted...

(*Llega BARBARITA con un envoltorio.*)

BARBARITA.—Los bordaos... ¡Amos, ya salió a jacel el tenorio! (*Entregándole el paquete a Belén.*) Tenga usté.

ANGELITO.—A ver, a ver...

BARBARITA.—¡Quite! ¡Jurrio de ahí!... ¡Qué le importará la ropa interiol de una señorita!

BELEN.—(*Examinando las combinaciones.*) Resultan preciosas, monísimas... (*A don Angelito.*) Mire, ¿le gustan?

BARBARITA.—¡No se las enseñe, que tamié usté es mu comprometeora! Si aluego el hombre le dice que le gustaría más véselas puestas...

BELEN.—Yo no me asusto de nada, señora. Ahí lleva. Cuarenta pesetas, ¿no es eso?... Y dígale a la bordadora que he quedado muy contenta. (*A don Angelito.*) ¡Adiós, pollo!...

BARBARITA.—(*Abriendo la puerta de muy mal talante.*) Güeno, jasta otra! Se sale por aquí.

CONSUELO.—No se incomode, mujer, que nosotras no nos hemos metido para nada con su esposo.

BARBARITA.—¡Pero qué va a sel mi esposo este calcamal!

(*Consuelo y Belén habrán salido a la escalera.*)

ANGELITO.—¡Soy soltero!

BELEN.—¿Sí? ¡Pues a ver cuándo es una realidad eso del taxi!

ANGELITO.—¡En cuanto ustedes me inviten!

(*Barbarita cierra la puerta de golpe y, naturalmente, desaparecen Belén y Consuelo.*)

BARBARITA.—¡*Amos*, don Angelito!... ¡Paice mentira que tenga usté ganas de gromas! Estamos tos en esta casa dendi ayel talde con los morros torcíos, y en cambio usté, tan pirongo.

ANGELITO.—Al parecer. ¡Tengo un disgusto!... Y que ahora es de verdad.

BARBARITA.—Como que se han arrebujao las cosas de una forma...

ANGELITO.—El amor, que todo lo enreda. ¡Ay, juventud, divino tesoro!...

(*Suena el timbre de la puerta del foro.*)

BARBARITA.—¿El timbre?... ¡Con seguriá que son otra vez las frescas de los bordaos!

ANGELITO.—¡Yo abriré!

BARBARITA.—(*Deteniéndole.*) ¡Quiá! Abro yo, que pa eso soy la selvidumbre, como usté dice.

(*Barbarita abre y entra AMPARITO.*)

AMPARITO.—¡Hola!... ¿No me esperaban ustedes tan temprano, verdad?

BARBARITA.—No, señorita.

AMPARITO.—¡Pues aquí estoy, que no he podido pegar los ojos en toda la noche!... ¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido de nuevo? ¿Y mi prima?

BARBARITA.—Ha bajao a misa de once con la señora.

AMPARITO.—¿Qué sucedió de particular después de mi marcha?

ANGELITO.—Lo que temíamos, Amparito. Cosme tuvo una larga conferencia con mi hermana y con la niña...

AMPARITO.—¿De qué hablaron?

ANGELITO.—No han querido decírmelo.

AMPARITO.—¿Y usted por qué no lo ha averiguado? ¡Huy qué hombre éste!

ANGELITO.—Sospecho que la conversación debió ser satisfactoria para Prieto, porque se largó tan contento.

AMPARITO.—¿Y don Ricardo, se largó también?

ANGELITO.—Continuó encerrado en sus habitaciones y no volvió a cruzar la palabra con nadie de la casa.

BARBARITA.—Y esta es la hora en que entavía no ha salío de ahí. Yo le selví esta mañana mu trempano una taza de café y vide que tenía tos los chismes por al medio del gabinete. Pa mí que está jaciendo los baúles.

AMPARITO.—¡Qué tonto!

ANGELITO.—¿Y qué va hacer el muchacho?

AMPARITO. ¡Nada, ni los baúles, y quedarse aquí!

ANGELITO.—Eso es ya imposible.

AMPARITO.—¿Imposible? ¡Lo veríamos!... Si usted ayudase a María Ignacia y ella se determinara...

(Ha sonado el timbre de la puerta de la escalera principal.)

ANGELITO.—¡Silencio, por Dios, que debe ser Purificación! ¡No me comprometa usted!

(Barbarita abre la puerta y entran DOÑA PURIFICACION y MARIA IGNACIA.)

BARBARITA.—¿Ya de güelta?

PURIFICACION.—Sí... ¡Ah! ¿Estabas aquí?

AMPARITO.—Sí, señora.

PURIFICACION.—¡Cuánto has madrugado!

AMPARITO.—Madrugo todos los días. Dicen que eso es muy saludable.

PURIFICACION.—¡Y muy molesto!

AMPARITO.—¿Por qué?

PURIFICACION.—Porque si has venido para meterte de nuevo en donde nadie te llama...

MARIA IGNACIA.—¡Mamá!

PURIFICACION.—Por lo visto, vamos a tener ahora visita diaria.

AMPARITO.—Porque os quiero muchísimo.

PURIFICACION.—¡Gracias! No obstante ese cariño que te ha entrado, te suplico... y te agradeceré...

AMPARITO.—¡Huy, malo! Cuando te pones tan fina es que vas a cometer alguna grosería.

PURIFICACION.—Te agradeceré, repito, que vayas olvidando en dónde vivimos.

AMPARITO.—¿No lo dije?

MARIA IGNACIA.—¡Pero madre!...

BARBARITA.—(¡Ya salió el *comendante!*)

AMPARITO.—¿Usted ha oído, don Angel?

ANGELITO.—Estaba distraído, Amparito.

PURIFICACION.—¡Ni mi hija, ni nadie de esta casa, necesita consejos tuyos! ¡Y ya lo sabes de hoy para siempre! Ven conmigo María Ignacia. (*Y vase por la derecha.*)

MARIA IGNACIA.—(*Al marchar y aparte a Barbarita.*) ¿Se fué?

BARBARITA—Entavía no.

(*Y vase Maria Ignacia tras su madre.*)

AMPARITO.—¡Ay, Dios mío!... ¿Merezco este trato?

ANGELITO.—¿Y quería usted que yo me metiese en jaleos? Lo que es no conocer a mi hermana!

BARBARITA.—¡Qué mando el suyo! Mos acobarda a tos. (*Y vase por la izquierda.*)

AMPARITO.—¡Como que se me ha parao el pulso! (*Pausa.*) ¿Y qué hago ahora? Debo irme, que me han echao, y tengo mucho amor propio. pero no puedo salir de aquí lo menos hasta las doce y media.

ANGELITO.—¿Por qué?

AMPARITO.—Es un secreto, don Angelito. ¡Y no me voy, qué demontre!

ANGELITO.—Usted verá lo que más le conviene.

AMPARITO.—Quedarme, desde luego. ¡Yo no soy tan gallina como usted!

ANGELITO.—¡Amparito!

AMPARITO.—¡Gallina, sí señor! Parece mentira que se cruce de brazos viendo la amargura de esa chica, que le sale a la cara aunque ella no quiera. Si usted fuera un hombre, y no una calcomanía, debiera encargarse de explicarle a Cosme...

ANGELITO.—¡Ni pensarlo!

AMPARITO.—¿Será capaz de consentir, por no jugarse el cocido, que esa criatura se fastidie? ¿Va a ser Prieto tan cerrao de mollera que si usted le dice que aquí está estorbando se emperre en lo que no puede ser?

ANGELITO.—Desgraciadamente, sí.

AMPARITO.—Bueno, mire, pa no perder el tiempo en discusiones. Usted se viste ahora mismo, se pone muy elegante, con el chongo y todo...

ANGELITO.—¡Ca!

AMPARITO.—Piense en su desventurada sobrina. ¡Usted tiene un corazón muy grande!

ANGELITO.—¡No me toque usted al corazón, porque entonces soy hombre al agua!

AMPARITO.—¡Pues a vestirse, a vestirse y a ponerse el hongo que está usted muy guapo con él!

(Amparito se lleva a viva fuerza a don Angelito por la primera derecha. Queda la escena sola unos segundos. Sale MARIA IGNACIA por la izquierda y, sigilosamente, se acerca a la segunda puerta de la derecha y se pone a escuchar. En esta actitud la sorprende AMPARITO, que vuelve.)

AMPARITO.—¡Le he convencido!

MARIA IGNACIA.—¡Ah!

AMPARITO.—¿Qué haces ahí? ¿Se oye algo?

MARIA IGNACIA.—Pero si no estaba escuchando.

AMPARITO. ¡No mientas, embusterísima! Y dame un abrazo aunque tu madre estalle de indignación. Ya sé que tuvisteis conferencia después de mi marcha; pero no te preocupes, que don Angelito, que es pan de rosca, se va a encargar de arreglar... lo que parece que no tiene arreglo.

MARIA IGNACIA.—¿Cómo?

AMPARITO.—Diciéndole a Cosme—¡y si se juega una tortas que se la juegue!—, que haga el favor de no ser tan pelmazo.

MARIA IGNACIA.—¡No, por Dios; que luego mi madre!...

AMPARITO.—¿Pero es tu madre la que se va a casar?... Atiende, prima... ¡Y lo de prima te lo digo ahora porque lo eres un rato largo! No tienes más que dos caminos: a la Prosperidad en coche o a las Delicias a pie. Escoge con tiento, que es pa toda la vida.

MARIA IGNACIA.—Ricardo nunca me ha dicho claramente...

AMPARITO.—Porque ha visto que estás comprometida muy a gusto de todos los tuyos y el hombre se ha achantao.

MARIA IGNACIA.—¿Cómo lo sabes?

AMPARITO.—Mira... ¡Me chupo el dedo de tonta que soy! Si te lías la manta a la cabeza y rompes con Cosme, aunque te maten, que no te matarán, le soplo yo en seguida a don Ricardo muy bajito, al oído...

MARIA IGNACIA.—¿De veras? ¿Me lo prometes?...

AMPARITO.—¿Quieres que te lo jure?

MARIA IGNACIA.—¿Te atreverías?

AMPARITO.—¡Yo me atrevo a todo! Hasta me he atrevido a escribirle a Boni a la desesperada, no te digo más.

MARIA IGNACIA.—¿Es posible?

AMPARITO.—¡Anda! Y le he citao aquí. Por eso no he podido hacer caso de las groserías de tu madre y me he quedao esperándole, que estará al llegar. Le he mandao una carta...

MARIA IGNACIA.—¿Declarándote?

AMPARITO.—¡No, mujer; todavía no! Le he escrito tomando el nombre de tu hermano Joaquín, pa que venga a verle hoy a las doce sin falta.

MARIA IGNACIA.—Pero si Joaquín ha salido ya.

AMPARITO.—¿Que ha salido? ¡¡Mejor! Boni llega creyendo que le llama mi primo, y yo me aprovecho y le digo sin testigos lo del flequillo.

MARIA IGNACIA.—¡Qué arriesgada!

AMPARITO.—¿Crees que he hecho un disparate?

MARIA IGNACIA.—¡Grandísimo! Puedes exponerte a un desaire.

AMPARITO.—¡Ay, no lo digas!... ¿Un desaire?... ¿Ves? ¡Ya estoy arrepentida de mi locura! (*Suena el timbre de la puerta del foro.*) ¡Ese es!... Abre... O deja, yo abriré... ¿Qué te parece? ¿Abro o no abro?... ¡No abro!...

MARIA IGNACIA.—Pues abriré yo. Y serénate un poco.

AMPARITO.—¡No puedo! ¡Es una emoción muy grande!... (*María Ignacia abre y aparece BONI GARCIA, un muchacho, decentemente vestido, con aire y ademanes algo chulescos.*)

BONI.—¡Felices!... ¿Está Joaquín?

AMPARITO.—(*Interviniendo rápidamente.*) ¡Sí que está! Pase, pase...

BONI.—(*Entrando.*) Amparo, compañerita del alma, ¿qué hace usted aquí?

AMPARITO.—Visitando a mis primos. Vengo con mucha frecuencia, ¿verdad? ¿Y usted a qué viene, si puede saberse?

BONI.—Pues que acabo de recibir una carta de Joaquín.

AMPARITO.—¡Ah, ya! Avísale, mujer, y no te quedes ahí plantada...

MARIA IGNACIA.—Pero si...

AMPARITO.—Avísale y dile que no se dé prisa en vestirse, que yo le haré mientras la visita a Bonifacio.

BONI.—Se estima la compañía. Puede tardar lo que le parezca.

MARIA IGNACIA.—Es que...

AMPARITO.—(*Aparte a María Ignacia.*) ¡Vete, boba! Hazlo por mí, que ya haré yo por tí lo que sea preciso.

MARIA IGNACIA.—¿Hasta decirle a Ricardo?...

AMPARITO.—Todo lo que se te ofrezca; pero vete a distraer a tu madre.

MARIA IGNACIA.—Sea lo que Dios quiera. (*A Boni.*) Siéntese que ahora saldrá mi hermano.

AMPARITO.—Si tiene que afeitarse, que se afeite con toda calma.

MARIA IGNACIA.—Sí, sí. Descuida... Con su permiso. (*Y vase por la izquierda.*)

BONI.—Tantísimo gusto. ¡Está jamón la primita!

AMPARITO.—Jamón, pero con novio.

BONI.—¡De los adelantaos es el reino de los cielos!

AMPARITO.—(¡A ver si me adelanto yo también!)... Bueno, Boni; bueno...

BONI.—(*Después de una pequeña pausa.*) ¿Qué deseará ese chico con tantas prisas?

AMPARITO.—(*Sin levantar la vista.*) ¡Ay, Bonifacio!...

BONI.—¿Qué pasa?

AMPARITO.—¡Que no sé cómo decirle a usted que Joaquín no se halla en casa!

BONI.—¿Que no, y ha ido la hermana a avisarle?

AMPARITO.—La hermana se ha puesto en combinación conmigo pa ayudarme.

BONI.—¿Eh?

AMPARITO.—Porque esta cita ha sido cosa de... de... ¡Vaya, se lo suelto y usted perdone! ¡Le he citado yo!

BONI.—¿Usted?... ¿Y pa qué ha tomao el nombre de otra persona?

AMPARITO.—Ya sé que es un procedimiento muy feo; pero no he discurrido mejor manera pa que hablásemos a solas de un asunto delicadísimo que ha de quedar enterrado entre nosotros. ¿Me comprende?

BONI.—Hasta ahora, no.

AMPARITO.—¡Qué torpe, hijo! No haga usted que una señorita muy señorita tenga que pasar por el bochorno de...

BONI.—¡Amparo!

AMPARITO.—¡Amparo es lo que yo necesito! Y por eso me atrevo a preguntarle ruborosa... ¿Está usted comprometido?

BONI.—¡Mi madre!

AMPARITO.—Deje tanquila a su señora madre y conteste, aunque sea con una puñalada. ¿Usted es libre?

BONI.—De quintas, sí.

AMPARITO.—¡Por Dios, Bonifacio, que este es un trance muy serio!

BONI.—Pues a mí me da risa.

AMPARITO.—¿Risa que yo le ame como le amo?

BONI.—¡Mi abuela!

AMPARITO.—¡Y dale con la familia!

BONI.—¡Pero si es que no me había pasao nunca!

AMPARITO.—¡Ni a mí tampoco, ladrón!

BONI.—¡Amparito, que va usted a sacarme los colores!

AMPARITO.—¡No le de vergüenza! Aprenda de mí.

BONI.—¡Esto es una declaración de vanguardia!

AMPARITO.—Esto es la última moda en Nueva York.

BONI.—Pero como servidor ha nacido en la calle del Bastero y no ha viajao mas que en el Metro, se amosca unas miajas. ¡Valiente chungona!

AMPARITO.—¡Boni!...

BONI.—Y eso de que me haya traído usted aquí pa tomarme la cabellera no está ni medio bien.

AMPARITO.—¡Pero, Boni!...

BONI.—Yo la he respetao a usted siempre y la he considerao, y la verdad, no me creía merecedor de este pitorreo por parte suya.

AMPARITO.—¡Que no es pitorreo!

BONI. *¡Amos,* ande!...

AMPARITO.—¡Que es una pasión arrolladora!

BONI.—¡Sí, sí! ¿De dónde voy yo a inspirar una pasión de esas de cine? Esto ha sido cosa acordada con las compañeras de la oficina pa reírse en globo de mí, porque creen ustedes que presumo de castigador. ¡Pero se equivocan!

AMPARITO.—¡El que se equivoca es usted!

BONI.—¡Ya, ya! Como que soy tonto.

AMPARITO.—¡De remate!

BONI.—Y si han venido las compañeritas pa escuchar el lance detrás de las puertas...

AMPARITO.—¡No, señor!

BONI.—¡Que salgan, hombre; que salgan esas guasonas!

AMPARITO.—¡Calle que la que va a salir va a ser mi tía!

BONI.—¡Ay, su tía! ¡Que salga también!

AMPARITO.—(*Empujándole hacia la puerta del foro.*) ¡No me comprometa! ¡Silencio, por Dios! ¡Márchese!

BONI.—¡Amparito, que esto es jugar conmigo! ¡Que salgan!

AMPARITO.—(*No descansando hasta que lo planta, a empellones, en la escalera.*) ¡No dé esas voces! ¡No sea usted imprudente!

BONI.—¡Pero no salen!

AMPARITO.—¡Váyase, por lo que más quiera! ¡Ande, Boni. ande!...

BONI.—¡Pero no salen!

AMPARITO.—¡Aquí no sale nadie más que usted! (*Y cierra la puerta, quedando apoyada en el quicio.*) ¡Otra vez será!... (*Llorosa.*) ¡Y se ha ido!... ¡Bueno, esto no le ocurre a nadie más

que a mí! Le cito con la mar de ilusiones y le tengo que despedir sin haberse propasao el pollo en lo más mínimo. ¡Si seré desgraciada!...

(*Sale DON ANGELITO por la primera derecha ya vestido con sus mejores galas.*)

ANGELITO.—¿Con quién hablaba usted, Amparito?

AMPARITO.—¡Con mi sino, que es fatal!

ANGELITO.—¿Más que el mío?

AMPARITO.—Sí, señor, porque yo soy mujer.

ANGELITO.—Por eso hace usted de mí lo que quiere. Ya me tiene usted vestido y dispuesto a lo que sea..., ¡que puede què sea una contusión de primer grado!

AMPARITO.—Tranquilidad, ¡eh!; mucha tranquilidad y muy buenas palabras... (*Abre la puerta para que salga Don Angelito y en este momento surge COSME en el descanso de la escalera.*) Pero no deje de decirle a ese tío antipático...

COSME.—¿Se puede?

AMPARITO.—(¡Arrea! ¿Me habrá oído?)

ANGELITO.—Pase, amigo Cosme... (¡Vaya disgusto que me ahorro! Ya que ha venido, que se lo diga Amparito.)

COSME.—(*Pausa.*) ¿Qué? ¿Se han callao ustedes porque he entrao yo?

AMPARITO.—Como no le aguardábamos tan de mañana.

COSME.—Vengo a proponerle a María Ignacia que vayamos esta tarde a merendar a "Sicilia Molinero", que dicen que es un sitio muy elegante...

AMPARITO.—¡Ah!...

COSME.—(*Pausa.*) Pero no se azoren ustedes por mí, que yo me hago el distraído con la mayor facilidad.

AMPARITO.—¿Por qué?

COSME.—¡Qué inocente! Como si yo no supiera... ¿Qué tal va eso?

AMPARITO.—¿El qué?

COSME.—La cuestión de sus amores con aquí

ANGELITO.—(¡Qué manera de colarse!)

AMPARITO.—¿Pero usted ha sabido?...

COSME.—¡Toma! Si fuí yo quien le aconsejó a don Angelito...

AMPARITO.—¿Usted? ¡Miren qué chusco!

COSME.—El hombre no acababa de decidirse, pero yo estuve cerca de una hora dale que le das a la matraca...

AMPARITO.—¿Conque a la matraca? ¡Muy ocurrente, señor Prieto!

COSME.—Usted es la costilla que necesita este buen caballero,

AMPARITO.—¿La costilla?... (¡Ya verás el hueso que te preparo!) (*Aparte a Don Angelito.*) Haga usted el favor de decirle a María Ignacia que venga. ¡Sin que se entere la tía, eh!

ANGELITO.—Pero...

AMPARITO.—Hágalo usted, que éste merienda solo esta tarde.

COSME.—¿Secretos y to?

AMPARITO.—Cosas nuestras.

COSME.—¡Es natural!

AMPARITO.—Ande.

ANGELITO.—Bueno, bueno... Pero no me llame usted hasta que se haya terminado todo felizmente.. (*Y se marcha por la izquierda.*)

COSME.—¡Je, je!...

AMPARITO.—¡Ja, ja!...

COSME.—¡Tengo unas ganas de reírme!

AMPARITO.—¿De mí?

COSME.—De mi suerte. Ya sé que se marcha. ¡Vaya con Dios!

AMPARITO.—¿Quién?

COSME.—Don Ricardo, que me tenía "mosca".

AMPARITO.—¡Pues ojo, por si las moscas!

COSME.—¿Qué quiere usted decir?

AMPARITO.—¿Yo? ¡Nada! ¡Je, je!...

COSME.—¿Esa risita?...

AMPARITO.—¡Que tengo ganas de reírme! ¡Lo mismo que usted antes! Y como la risa va por barrios... (*Llega MARIA IGNACIA por la izquierda.*) ¡Ya está aquí la invitada a la merendola!

COSME.—¡Y tan guapa como siempre!

MARIA IGNACIA.—Me avisó el tío Angelito con mucho misterio...

COSME.—Es que vengo con una sorpresa.

AMPARITO.—(¡Menuda va a ser la que te vas a llevar!)

MARIA IGNACIA.—No te esperaba a estas horas.

AMPARITO.—¡Y que ha llegao que ni de encargo!

COSME.—¿Por qué?

AMPARITO.—Porque ya que estamos los tres solos, vamos a tratar de lo que nadie se ha atrevido hasta ahora.

COSME.—¿Y usted qué pinta aquí?

AMPARITO.—Pinto lo que pinto, de manera que cuidao con la pintura. Por lo visto usted ignora que María Ignacia tiene más confianza con su prima que con su madre.

COSME.—Eso a mí, ¿qué me importa?

AMPARITO.—Si no me deja usted continuar, punto en boca.

COSME.—¡Es lo mejor que puede hacer!

AMPARITO.—Usted la ha tomao conmigo.

COSME.—¡Y usted conmigo!

AMPARITO.—Sí, señor. Y como no tengo suficiente calma pa tolerar que esta criatura se calle...

COSME.—¿Callarse?... ¿Qué es lo que callas tú? ¿Qué secretos guardas con el que va a ser tu marido?

AMPARITO.—¡Habla, boba, que esta es la ocasión! ¡No te acobardes una vez más!

COSME.—¿Acobardarse? ¿Es que yo doy miedo?... ¿Por qué? ¿Qué significan esas palabras de Amparito?... ¡Habla, María Ignacia, que ahora soy yo quien te ruega que hables!

MARIA IGNACIA.—¡No puedo seguir mintiéndote! Cometería una infamia muy grande y yo nunca he sido mala con nadie.

COSME.—¡Eh!...

MARIA IGNACIA.—Hice propósitos de quererte, porque me lo suplicabas tú, que eres bueno, y me lo suplicaban todos, pero mi voluntad no es tan fuerte como la tuya.

COSME.—¿Y pa qué me ha servido esa voluntad? ¿Pa ganar dinero? ¡Pues al diablo el dinero, ya que no vale pa llevarte conmigo! ¿Que ahora soy rico?... ¿Y qué?... Mientras trabajaba con afanes de serlo, no me daba cuenta de que al mismo tiempo iba siendo también viejo. Y viejo ya, vine a ti el mismo día que llegó a la vera tuya otro hombre. ¡No he podido vencerle en tu corazón, porque él es joven y ya veo que tú no eres mujer que se vende, a pesar de que han querido venderte!

MARIA IGNACIA.—¿Habrás de perdonarme, ya que no supe estimar tu amor?

COSME.—¡A ti sí te perdono, pero a los demás, no, qué jinojo! ¿Por qué me han engañao?

AMPARITO.—Porque como están con el agua al cuello...

COSME.—¡Pues que se ahoguen! ¡No ven que yo también me ahogo en esta amargura, que no merecía!... Puse en ti toas mis ilusiones y se han venido a tierra. ¿Quién no tiene algún desengaño de estos en su vida?... ¡Que seas muy dichosa!...

MARIA IGNACIA.—Adiós...

COSME.—Despídeme de tu madre y de tos. Yo no quisiera verlos más, porque si me hallase delante de ellos quizá que me faltara la tranquilidad que he conservao en presencia tuya, acaso porque eres la menos culpable. ¡Que Dios te guarde siempre, María Ignacia! ¡Que Dios te guarde! (*Y vase por el foro cerrando la puerta.*)

AMPARITO.—¡Anda!... ¡Y no se ha despedido de mí!... Bue-

no, se lo dispenso porque el momento no era pa andar con cumplidos. ¿Qué?... ¿No me das las gracias, ingratona?

MARIA IGNACIA.—¡Amparito!... (*Y la abraza.*)

AMPARITO.—¿Ves qué fácil ha sido? ¡Si en el mundo lo mejor es hablar claro!

MARIA IGNACIA.—Tienes razón.

AMPARITO.—Tengo razón... cuando no se trata de Boni.

MARIA IGNACIA.—¿Qué pasó en la entrevista? ¿Te declaraste?

AMPARITO.—Sí, señora.

MARIA IGNACIA.—¿Y en qué habéis quedado?

AMPARITO.—Pues hemos quedao... él en la escalera y yo hecha un mar de lágrimas. ¡Lo tomó a chuga!

MARIA IGNACIA.—Ya te advertí que me parecía un disparate. ¡Vaya por Dios!

AMPARITO.—No te preocupes por mí, que lo único que nos importa en este momento es el asunto del recoleto.

MARIA IGNACIA.—¿De qué recoleto?

AMPARITO.—¡De ése que está ahí encerrao haciendo penitencia!

MARIA IGNACIA.—Me prometiste que le dirías...

AMPARITO.—¡Y se lo digo! Lo primero de todo, la despedida de Cosme. ¡Y como no se arranque, llamo otra vez a Prieto!... Pero, aguarda que mire antes por el ojo de la cerradura a ver qué está haciendo.

MARIA IGNACIA.—¡Quita, demonio!...

AMPARITO.—¡Chitss!... ¡Calla!

MARIA IGNACIA.—¿Se ve algo?

AMPARITO.—¡Unos calzoncillos!

MARIA IGNACIA.—¡Huy, no mires!

AMPARITO.—¡Si están colgaos en la percha!

MARIA IGNACIA.—¿Qué hace?

AMPARITO.—No veo más que un zapato... ¿Entramos?

MARIA IGNACIA.—No, no, que puede enterarse mamá.

AMPARITO.—¿Entonces qué?

MARIA IGNACIA.—Llámale para que salga, pero muy bajito, no sea que nos oigan. Llama, que yo estaré aquí al cuidao.

AMPARITO.—¡Don Ricardo!...

MARIA IGNACIA.—¿Contesta?

AMPARITO.—Hasta ahora no. ¡Don Ricardo!... (*Y suena el timbre de la puerta del foro.*)

MARIA IGNACIA.—¡El timbre!

AMPARITO.—¡Algún pelmazo! ¡Verás tú si no podemos ha-

blar con él! Este que era un instante tan oportuno... ¡y qué inoportuno!

MARIA IGNACIA.—¿Abro?

AMPARITO.—¡Claro! Pa que no toquen otra vez. (*María Ignacia abre la puerta y entra MATILDE SANCHEZ-CORDOBA alborozada y contenta.*)

MATILDE.—¡María Ignacia de mi alma!...

AMPARITO.—(¡Atiza! ¡Ya tenemos visita pa una hora!)

MATILDE.—¡Dame un abrazo!...

MARIA IGNACIA.—¡Pero, chica!...

MATILDE.—¡Amparito queridísima, déme usted otro! ¡Y muy fuerte, muy fuerte! ¡He recibido un "continental" de Carlitos...

AMPARITO.—¡Mire qué bien! (¡Todas tienen más suerte que yo.)

MATILDE.—¡Y estoy loca!

AMPARITO.—¡Ya lo vemos, ya!

MATILDE.—Me pide perdón por todo y me dice que lo de la vicetiple fué una farsa para probar mi cariño.

AMPARITO.—¡Huy, qué ingenua! A ver si la farsa la está haciendo con usted.

MATILDE.—¡Qué disparate! Me dice en la carta que desea hablarme y por eso he venido.

AMPARITO.—¿Y va a venir también Carlitos?

MATILDE.—Hoy no.

AMPARITO.—¡Ah, ya!

MATILDE.—Pero desde mañana a la una tendréis otra vez latazo.

AMPARITO.—(*Tratando de llevársela a la puerta.*) Bueno, pues ya desde mañana nos dará usted la lata, porque ahora...

MATILDE.—Tengo muchas cosas que contar.

AMPARITO.—Mañana, mañana...

MATILDE.—¿Ibas a salir?

AMPARITO.—Sí, conmigo.

MATILDE.—Os acompaño. Así charlamos un buen rato.

MARIA IGNACIA.—Es que estamos aguardando a unas amigas...

MATILDE—Entonces me esperaré.

AMPARITO.—(¡No se va de ninguna manera! ¡Y si sale la tía estamos perdidas!)

MATILDE.—¿Y tu madre?

AMPARITO.—Ya la verá usted otro día.

MATILDE.—¿Y Cosme?

AMPARITO.—Se ha marchao.

MATILDE.—¿De veraneo?

AMPARITO.—¡De verano!

MATILDE.—¡Ay, qué graciosa! ¡Tengo una alegría, Maruja! ¿Y sabes por qué?

AMPARITO.—¡No nos lo cuente!

MATILDE.—¡Huy, qué sosas! No queréis saber nada.

AMPARITO.—(*Que al fin habrá conseguido que Matilde salga a la escalera.*) ¿Pa qué? Luego todo son lios. Que si dijo, que si no dijo...

MATILDE.—Me parece que aquí estoy estorbando!

AMPARITO.—¡Menos mal que por fin lo ha notao usted!

MATILDE.—¡Haberlo dicho! Con la confianza que tenemos... (*Tratando de entrar otra vez.*) ¿Y qué es lo que ocurre?

AMPARITO.—Mañana, mañana se lo explicaermos... ¿Eh? ¡Voy! ¡Ahora mismo vamos!... ¡Sí, sí, ya vamos! ¡Estamos despidiendo a Matilde, que ya se va! ¡Que se va! ¡Adios! ¡Memorias! ¡Muchas memorias! (*Y cierra la puerta, desapareciendo Matilde.*) ¡Ay, creí que no se largaba! Si la dejamos, nos cuenta otra vez lo de la segunda tiple de Martín, que maldito lo que nos importa, porque si ella está dispuesta...

MARIA IGNACIA.—Déjate de comentarios y llama a Ricardo.

AMPARITO.—¿Ahora te entra la impaciencia?

(*Y surge RICARDO en la segunda puerta de la derecha. Sacará el sombrero en la mano.*)

MARIA IGNACIA.—¡Ricardo!...

AMPARITO.—¡Se me adelantó!

RICARDO.—Buenos días, María Ignacia.

AMPARITO.—¿Y buenos días a mí también, no?

RICARDO.—También, Amparito.

AMPARITO.—¡Je, je!... ¡Ya le tienes aquí!... Yo le iba a avisar a usted de parte de ésta...

RICARDO.—¿Deseabas algo?

AMPARITO.—(*Pausa breve.*) ¡Se ha quedao de piedra!... ¿Uster piensa marcharse de verdad?

RICARDO.—¡Que remedio! No lo hice ya porque he tenido que recoger todas mis cosas; pero acabo de cerrar los baúles y...

AMPARITO.—¿Tiene usted muchos?

RICARDO.—Dos y la maleta.

AMPARITO.—¿Le cabrán en un taxi?

RICARDO.—Luego vendrá un mozo por ellos.

AMPARITO.—Pues encárguele usted al mozo que, cuando venga, pregunte por mí.

RICARDO.—¿Para qué?

AMPARITO.—¡Pa no darles los baúles!

RICARDO.—¡Qué simpática es usted!

AMPARITO.—Ya me lo dijo el día que llegó usted a esta casa.

RICARDO.—¡A esta casa!... ¡Ay!...

AMPARITO.—No suspire, que todavía puede ser suya.

RICARDO.—¡Qué bromista!

AMPARITO.—¿Bromista?... Comienza tú en serio, María Ignacia.

MARIA IGNACIA.—¿Yo?... Pero si... No me obligues a...

AMPARITO.—¡Bueno! ¿A que la vamos a pringar a última hora con los rubores? Mire usted, don Ricardo... Siempre no hemos de ser las pobrecitas mujeres las que nos fastidiemos. ¡En esta ocasión le ha tocao a Cosme fastidiarse! María Ignacia acaba de romper con él pa siempre.

RICARDO.—¿De veras?

MARIA IGNACIA.—Sí.

AMPARITO.—Y como yo soy muy franca y me gustan las cosas claritas, muy claritas, le comunico que esta criatura, siguiendo los consejos de usted, se le va a declarar a escape...

RICARDO.—¡Eh!...

AMPARITO.—¡Porque está por usted que tartamudea!

MARIA IGNACIA.—¡Pero chica!...

AMPARITO.—¿Di que miento? ¡Atrévete a decirle que miento!

MARIA IGNACIA.—¡No miente, Ricardo; no miente!

RICARDO.—¡Pero!... ¡Pero!...

AMPARITO.—¡Qué impresión le ha hecho, hijo! ¿Es que no la quiere usted?

RICARDO.—¡Con toda mi alma!

MARIA IGNACIA.—¡Ricardo!...

AMPARITO.—¡Ole! ¡Viva el cariño!... Pa que luego salga usted con eso de que las mujeres somos unas cobardes. ¡Cuando se nos lesiona de verdad el lao izquierdo, nos hacemos más valientes que el Cid! (*Se oye girar una llave en la cerradura de la puerta del foro.*) ¿Eh? ¿Quién será ahora? (*Entra JOAQUIN.*) ¡Joaquín! (¡Con éste sí que no contaba yo!...) Hola, primo. No te esperábamos.

JOAQUIN.—¿Y por eso habéis callado al entrar yo?

AMPARITO.—Cuando no se aguarda a una persona, y llega de pronto, sin avisarlo...

JOAQUIN.—¿Sorprende, verdad? Por lo visto estabais de conciliábulos. Hay en esta casa alguien que se ha propuesto causarnos un mal enorme a todos.

AMPARITO.—¡A mí que me registren!

JOAQUIN.—¡No iba contigo!

RICARDO.—Te ruego, Joaquín, que no repitas...

MARIA IGNACIA.—Calla, Ricardo. Soy yo quien debe suplicar mi hermano que no te ofenda.

JOAQUIN.—¿Te atreves a ponerte de parte de él?

MARIA IGNACIA.—Acaba de decirme que me quiere con toda u alma... ¡Figúrate si ahora voy a atreverme a todo!

AMPARITO.—¡A todo, sí, señor!

JOAQUIN.—¡Nunca te creí capaz de semejante locura!

MARIA IGNACIA.—No te disgustes... por mis locuras, y haz el avor de avisar a mamá.

AMPARITO.—¡Yo la avisaré, pa vengarme de la grosería de ntes! (*Y vase por la izquierda.*)

MARIA IGNACIA.—Y en presencia de ella y de ti...

JOAQUIN.—¿Me obligarás a escuchar lo que ni me importa ni retendo saber?

MARIA IGNACIA.—Ven acá, mal genio...

JOAQUIN.—Déjame.

MARIA IGNACIA.—No te dejo. Ven... El día que supiste que n hombre al cual yo no amaba iba a ser tu hermano, me brazaste. ¿Te acuerdas?... ¿Por qué no me abrazas hoy, que ste sí que fué siempre tu verdadero hermano, y me haces lorar? ¿No tenías ya bastante con todo lo que he llorado or vosotros?

(*Llegan por la izquierda AMPARITO, DOÑA PURIFICACION DON ANGELITO.*)

AMPARITO.—Sí, señora. Una cosa muy grave y muy buena... ¡Superior!

MARIA IGNACIA.—Escucha, mamá...

PURIFICACION.—¿Qué ocurre, hija?

MARIA IGNACIA.—Escuchad todos. Te he llamado para decirte que Cosme no volverá nunca más en la vida.

PURIFICACION.—¿Es posible?... ¿Y lo has determinado sin consultar conmigo?

MARIA IGNACIA.—Creí que bastaría con que hablásemos él y o y hemos hablado hoy por última vez. ¡No me digas tú también, madre, que he cometido una locura! Siempre te he obedecido y me he resignado a tu capricho; pero ¿habré de resignarme también a perder el amor de Ricardo?

PURIFICACION.—¿Qué dices?

MARIA IGNACIA.—¡Que le quiero... y te suplico que le pidas que no se marche!

AMPARITO.—¡Pero si no se va, tonta!

ANGELITO.—¡Estoy yo aquí para impedirlo!

PURIFICACION.—¡Haz el favor de callar, Angelito!

ANGELITO.—¡Si me da la gana!

AMPARITO.—¡Cállese usted, hombre!

PURIFICACION.—Es Guillén el que ha de explicarnos...

RICARDO.—¿Y qué he de explicar, si ya sabe usted lo que más puede interesarle? Yo también la quiero, ¡no sé desde cuando! Quizá desde que, siendo unos chiquillos, jugábamos juntos a querernos.

AMPARITO.—¡Qué precocidad, hijo! (*Pausa breve.*)

PURIFICACION.—¡Jesús, Jesús!... ¡Válgame Dios!

MARIA IGNACIA.—(*Después de otra pausa.*) ¿Eso es todo lo que nos respondes?

PURIFICACION.—Tú sabes, y lo saben todos, cuál era mi deseo hasta hoy. ¡El tuyo ha sido otro, hija mía! Acabas de rogarme que le pida a Ricardo que no se marche. Si le quieres como dices y él te ha querido siempre que no se vaya y sea yo la que calle ahora, que poco ha de importaros mi respuesta si al fin habréis de hacer vuestra voluntad. (Y *vase por la izquierda.*)

JOAQUIN.—¡Bien nos la habéis jugado! (*Desaparece por la primera puerta de la derecha.*)

RICARDO.—(*Abrazando a don Angelito.*) ¡Don Angelito!

ANGELITO.—¿En dónde comemos hoy?

MARIA IGNACIA.—¡Pero tío!...

ANGELITO.—No te alarmes, que invito yo.

RICARDO.—¿Usted?

ANGELITO.—¡Claro! ¡Con los cinco duros que me diste ayer!

AMPARITO.—¡Prima! (*Y abraza a María Ignacia.*) ¡Me salí con la mía!... ¡Y mañana mismo me declaro otra vez a Boni! ¡Como vuelva a darme calabazas, le mato; pero que le mato!

ANGELITO.—¡Hay que ver las pobrecitas mujeres! ¡Qué no conseguirán ellas de nosotros, Ricardillo!...

TELON

FIN DE LA COMEDIA

TEATRO ESCOGIDO

TOMO 1

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o que malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

TOMO 2

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

CARLOS ARNICHES

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
MADRID

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL
MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el núme o de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID